



SS

SERVICIO SECRETO

CLARK CARRADOS



EL MIEDO
Y LA FU

Lectulandia

ROVENSA

Hacía calor.

Era un calor húmedo, pegajoso, sofocante, que provocaba torrentes de transpiración aun no efectuando el menor movimiento y que anunciaba la inminencia de una tormenta.

La ventana estaba abierta de par en par, pero no entraba por ella el menor soplo de aire. Las cortinas de muselina barata pendían lacias, inmóviles.

Estaban tan inmóviles como el hombre que, con excepción de un pequeño «slip», yacía desnudo sobre la cama.

No dormía. Estaba despierto, y sus ojos se fijaban tenazmente en el agrietado techo de la habitación.

Lectulandia

Clark Carrados

El miedo y la furia

Bolsilibros: Servicio Secreto - 527

ePub r1.0

jala y xico_weno 02.02.18

Título original: *El miedo y la furia*

Clark Carrados, 1960

Ilustraciones: Jaime Provensal

Editor digital: jala y xico_weno

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO PRIMERO

Hacía calor.

Era un calor húmedo, pegajoso, sofocante, que provocaba torrentes de transpiración aun no efectuando el menor movimiento y que anunciaba la inminencia de una tormenta.

La ventana estaba abierta de par en par, pero no entraba por ella el menor soplo de aire. Las cortinas de muselina barata pendían lacias, inmóviles.

Estaban tan inmóviles como el hombre que, con excepción de un pequeño «slip», yacía desnudo sobre la cama.

No dormía. Estaba despierto, y sus ojos se fijaban tenazmente en el agrietado techo de la habitación.

Todo su cuerpo estaba cubierto de una película de brillante sudor, provocado por la sofocante temperatura que reinaba. Quentin Kirkland no dormía, pensaba.

De pronto, una radio empezó a funcionar a todo volumen y el horrísono alarido del cantor se metió en la alcoba. Por la calle vecina pasó un enorme camión de transporte, haciendo retemblar el edificio.

Una mujer empezó a chillar airadamente. Al instante se oyó el feroz llanto de un crío.

Alguien derribó un cubo de basura, haciendo sonar con estrépito el zinc. Sonó una maldición.

En la acera frontera, un mozalbete echó, una moneda en una máquina, y en el acto, Elvis Presley empezó a soltar una de sus horrendas canciones de moda.

La noche se acercaba a pasos agigantados, pero la temperatura no disminuía. Quentin Kirkland sintió sed.

Alargó la mano, tanteando por el suelo hasta hallar una botella. La levantó y, viendo que estaba vacía, la arrojó con fuerza contra la pared. El vidrio estalló ruidosamente.

Se incorporó, sacando los pies de la cama. Quedó sentado, oprimiéndose la cabeza con ambas manos. El estruendo penetraba cada vez con más violencia por la ventana.

Calzóse unas babuchas de baño y bajó el bastidor. Los ruidos se atenuaron notablemente. Quedó apoyado contra la pared, el cuerpo chorreante de sudor, jadeando, casi sin aliento.

Así permaneció durante unos segundos. Después, con paso tardo se dirigió a la cocinilla inmediata. Abrió el frigorífico.

Cerró la tapa con violencia. No había en él ni una mala botella de cerveza.

Los vidrios trepidaron, próximos a la rotura, cuando otro camión pasó por la calle. Quentin se dirigió al cuarto de baño.

Se contempló al espejo. Se vio a sí mismo con los ojos hundidos y las facciones demacradas.

Pero esto no obedecía a un trabajo excesivo o a desnutrición. Las causas de aquel mal aspecto físico había que buscarlas por otro sitio.

El cuerpo estaba bien. Fuertes músculos, estallantes bajo la tostada capa de piel que los cubría, sin un solo gramo de grasa superflua. Los hombros eran anchos, poderosos, contrastando con la estrechez de las caderas.

Del pelo corto, hípido, rubio pajizo, a la planta de los pies, había una distancia de casi un metro noventa y un peso de noventa y cinco kilos. Aparentemente pesado, pero con la agilidad suficiente para infundir envidia a un gamo.

En el pecho tenía un enorme costurón que le iba desde la tetilla izquierda a la clavícula opuesta. Recuerdo de la bayoneta de un chino, allá cuando el desembarco de Inchon, en Corea. El chino había fallado en parte. Quentin, no.

Despojóse del «slip» y se metió bajo la ducha. El agua fría le calmó en parte los nervios, tensos y tirantes como cuerdas de guitarra.

Se secó. Fue al armario ropero y se puso una camisa de hilo, de manga corta, y un traje veraniego, fresco y delgado. Calcetines también de hilo y zapatos blancos y negros, con rejilla de cuero. En la billetera, media docena de billetes de diez dólares. Y nada más.

Nada más, excepto el infierno de furia y odio que rugía dentro de su pecho. Quentin quería buscar a alguien para abrasarle en él, pero no lo encontraba.

Cerró la puerta. La proximidad a la calle le hizo bajar las escaleras a pie, en lugar de usar el ascensor.

Al pasar por el cuarto del conserje arrojó la llave al suelo.

Un individuo de edad, que estaba leyendo los pronósticos para las carreras, le miró por encima de las gafas.

—Ahora subirá mi mujer a arreglarle el cuarto, capitán Kirkland.

—Gracias —contestó el joven, siguiendo su camino.

Salió a la calle y miró al cielo. Ya era casi de noche, pero podían divisarse no obstante los oscuros nubarrones que se habían detenido sobre la ciudad, amenazando con estallar en cualquier momento.

De vez en cuando, un vivido fogonazo culebreaba de nube a nube, iluminando todo con cárdeno resplandor. Unos segundos más tarde, llegaba el sordo tamborileo del trueno.

Caminó calle abajo, encaminándose hacia el puerto. Vivía en aquel barrio porque no le quedaba otro remedio, pero se mudaría apenas tuviese la menor oportunidad.

No utilizó ninguno de los vehículos de servicio público, autobús o taxis. Caminó a pie, bajo el aplastante bochorno, en tanto hacía funcionar su cerebro activamente.

Inconscientemente, buscaba a alguien en quien saciar su odio y su furia. Y, como guiado por un invisible radar, se encontró de pronto en la puerta de «El Albatros de Oro».

Era una taberna con más pretensiones que realidades, situada en la parte más vieja e infecta del puerto. Una vaga representación del pájaro que le había dado su nombre, colgaba de la barra que sostenía la muestra.

Estaba instalada en un semisótano. Bajó media docena de peldaños y empujó los batientes de la puerta. Una tufarada de mal tabaco y peor licor le golpeó instantáneamente la nariz.

«El Albatros de Oro» estaba atestado de un ruidoso gentío que chillaba, vociferaba y juraba, en tanto que un sudoroso pianista se afanaba por hacer coincidir sus dedos con las teclas exactas. No solía conseguirlo con frecuencia.

El ruido cesó casi de inmediato cuando Quentin penetró en la taberna. Docenas de miradas se volvieron hacia él.

Una estridente carcajada, brotada de una garganta femenina, flotó en el aire aisladamente. Su propietaria cesó en la forzada hilaridad al observar el súbito silencio que se había hecho.

Avanzó hacia el atestado mostrador.

Una mujer pintarrajeada como una bruja africana le salió al paso.

—Capitán Kirkland —dijo, sonriéndole abiertamente.

—Ahora no, Laura, no tengo tiempo.

La sonrisa de la mujer se borró inmediatamente.

—Muérase —le dijo, volviéndole la espalda con un encogimiento de hombros.

Quentin no hizo caso. Continuó su camino. Dos hombres se apartaron para dejarle sitio en el mostrador.

El barman se le acercó obsequiosamente.

—¿Qué va a ser, capitán?

—Un *whisky* doble y una jarra de cerveza, Sturgis.

—Al momento, capitán.

El piano sonaba desatinadamente. La algarabía anterior se había convertido en un murmullo apenas audible.

El camarero vino con lo pedido.

—¿Algo más, capitán?

Quentin sopló la espuma y luego tomó un sorbo de la cerveza. Acto seguido, arrojó el licor en la jarra. Y, por último, con voz clara y fría, con un tono tal que sonó con toda nitidez en el establecimiento, dijo:

—Sí, Sturgis. Quiero que esparzas por ahí la voz de que estoy buscando a uno —a cualquiera, no importa—, de los monos bastardos que trabajan para Tino Saldino.

El silencio se hizo de nuevo en la taberna al pronunciar Quentin las últimas palabras.

Fingiendo no haberse dado cuenta de nada, el joven se atizó un largo tragó del líquido contenido en la jarra. Luego, extrajo un cigarrillo y empezó a fumar.

Todavía no había llegado a la mitad del pitillo cuando oyó una voz a sus espaldas.

—Creo que andaba buscándome, capitán Kirkland.

Quentin terminó tranquilamente su cerveza. Tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó con cuidado. Luego se volvió.

Había tres hombres ante él. Todos eran de mediana estatura, cetrinos de color y con el pelo —el poco que podía vérselos debajo del sombrero— cuidadosamente engominado. Vestían trajes oscuros, con corbata clara, lo mismo que la jaspeada cinta de sus sombreros. Los tres ojos que le miraban eran negros como la noche.

—Yo soy uno de los monos bastardos que trabajan para el *señor* Tino Saldino —dijo el recién llegado, acentuando las dos palabras—. Y estos que me acompañan, también.

—No puedo decir que me alegre de veros, micos piojosos, salvo por el hecho de que os voy a encomendar una cosa.

—¿Nos tomó por mensajeros suyos, capitán? —dijo el que había hablado antes.

Los otros continuaban silenciosos como estatuas.

—Os tomé por lo que sois. Id y decidle a vuestro amo que le ando buscando para ajustarle las cuentas. Es suficiente con eso. ¡Vamos!

Pero ninguno de los tres hombres se movió.

—¿Por qué no va usted y se lo dice en persona?

—Porque yo también os tengo a vosotros para mis recaditos. ¡Largo, pulgas sarnosas!

—¿No le gustaría a usted venir con nosotros? Le conduciríamos directamente al domicilio del señor Saldino.

—Cuando quiera ir allí, iré yo solo, sin necesidad de guías. Y ya hemos hablado lo suficiente, ¿estamos?

El pandillero movió suavemente la cabeza.

—No —dijo con helado acento—. No hemos hablado bastante. Ahora somos nosotros los que tenemos un *especial* interés en llevárnoslo. Por favor, capitán Kirkland.

Quentin miró al trío, recorriendo sus rostros uno por uno.

No había hablado jamás con ellos, pero los conocía de sobra. Eran Tonio, Luigi y Gino, los tres hombres de confianza de Saldino. Y sus asesinos particulares también, según decía la *vox populi*, aunque en tonos muy bajos.

Eran tan parecidos, que se decía eran hermanos. Pero esto no era verdad, aunque ellos no se hubiesen cuidado nunca de desmentirlo.

Tonio, el único que había hablado, insistió.

—Venga con nosotros, capitán —dijo.

—No.

—Entonces, le llevaremos.

—¿De veras?

La mano de Tonio se metió dentro de su chaqueta.

En aquel momento, todo el odio y toda la furia que se había acumulado dentro del pecho de Quentin en las últimas semanas, explotaron con sin igual salvajismo.

Saltó hacia adelante. Su puño derecho impactó demoledoramente contra la mandíbula del *gángster*.

Tonio fue literalmente arrancado del suelo y saltó disparado hacia una de las mesas, que se hizo astillas, cayendo al suelo confundido con sus ocupantes.

Todavía duraba el viaje de Tonio por los aires, cuando ya Quentin se había vuelto hacia los otros.

Luigi había conseguido sacar la pistola.

La mano de Quentin fue más rápida. Atenazó la muñeca armada, estirando el brazo. Su mano izquierda bajó con fulmíneo gesto y el filo golpeó el antebrazo.

Un hueco chasqueó horrisonamente. Luigi lanzó un feroz alarido, que fue cortado en el acto por un devastador puñetazo en plena boca. El *gángster* se desplomó como un saco vacío, arrojando sangre a torrentes por las grietas que los nudillos del joven le habían causado en la boca.

Aún quedaba Gino. Éste tenía algo en la mano, que culebreó como un relámpago de plata. Toda la manga izquierda del traje de Quentin quedó rasgada, al mismo tiempo que el joven sentía en su piel el rasguño del acerado puñal.

Pero no dejó que Gino repitiera el golpe. Cuando el pandillero movió su brazo, Quentin le arrojó una silla al vientre.

Deliberadamente, no lo había hecho con fuerza. Quería golpearle con sus puños, no con otra clase de armas. Gino perdió parcialmente el equilibrio y trastabilló.

Quentin se arrojó sobre él, cogiéndole por las hombreras de la chaqueta, bajándosela hasta los codos. El rufián quedó así inerme, tratando de liberarse. Quentin rió atronadoramente.

Le hizo girar de modo rapidísimo. Luego, cogiéndolo por la camisa y los fondillos del pantalón, lo izó en vilo.

Gino chilló y pataleó al intuir la suerte que le aguardaba. Pero sus esfuerzos estaban condenados de antemano al fracaso. Voló por los aires estrellándose contra los batientes de doble giro de la puerta. Sus gritos cesaron de inmediato.

En aquel momento una voz clamó a sus espaldas:

—¡Capitán Kirkland, quédese quieto o le lleno el cuerpo de plomo!

Quentin no se entretuvo en mirar quién era el que le amenazaba. Cogió una mesa y, girando velocísimamente en redondo sobre sus talones, la lanzó con todas sus fuerzas hacia el sitio de donde había partido la voz.

Estalló un disparo. Pero la bala impactó en el techo. El tiro se le había escapado a Tonio al recibir en pleno pecho el enorme golpe propinado por la mesa. Cayó sin conocimiento bajo ella.

El escándalo en la taberna era enorme. La gente se apretujaba por salir, gritando y vociferando todos como auténticos poseídos.

Todos exactamente, no. Alguien, que no era ninguno de los tres pandilleros, se arrojó contra el joven.

«Seguramente —pensó Quentin, en tanto se aprestaba a recibir a su nuevo

enemigo—, éste también trabaja para Saldino. Esto es cosa nueva para mí».

Su rival era un gigante de casi dos metros de altura, que hasta entonces había permanecido impassible contemplando la pelea del joven con el trío de pistoleros. Cuando contempló la espectacular derrota de los forajidos, decidió actuar.

Quentin cayó de espaldas sobre una mesa, convirtiéndola en astillas. El otro se le arrojó encima, tratando de estrangularle.

El joven rechazó el ataque, pegándole un salvaje puntapié en el bajo vientre. Su antagonista se dobló, cayendo al suelo y rodando unos cuantos metros sobre sí mismo.

Si Quentin creía haber acabado con su nuevo rival, estaba totalmente equivocado. El gigante se incorporó de un salto, con los ojos inyectados en sangre. Nuevamente cargó contra el joven.

En el local ya, no quedaban más que los dos, aparte del inconsciente trío de pandilleros. Todos los demás clientes habían huido, despavoridos.

Quentin levantó el brazo izquierdo, bloqueando un enorme derechazo de su antagonista. Disparó su puño derecho, haciendo resonar el tórax del otro como un gong gigante. Y al instante sintió que la cabeza le estallaba en mil fulgurantes pedazos.

Retrocedió, con los brazos levantados, tratando de parar vanamente la lluvia de golpes que ahora le caían por todos los lados. Pero ¿qué diablos era aquello? ¿Por qué, si los puñetazos le venían de frente, sentía el dolor en la nuca?

Gino asestó un segundo y feroz golpe con la pata de una silla sobre el cráneo del joven, cobrándose así aquel breve y desagradable viaje que había efectuado unos momentos antes. Quentin cayó.

Cuando estuvo en el suelo, sin conocimiento, el pandillero le golpeó en el costado, salvajemente, con la punta de su zapato. Quentin le golpeó.

—¡Maldito!... —renegó el forajido; y fue a golpearle de nuevo, pero en aquel momento sonó la sirena de un coche policial.

—¡Quieto, Gino! —exclamó el gigante—. Ahora no; ya tendrás ocasión más adelante. ¡Larguémonos de aquí!

Gino señaló a sus dos compañeros, aún desmayados.

—¿Y éstos?

El individuo cogió a uno con cada brazo, llevándoselos como si fuesen sendos costales de paja. Se dirigió al barman:

—Tú, ábrenos la puerta de atrás y cuidado con hablar más de la cuenta, ¿estamos?

—Descuida, Wharton. Sé de sobra lo que tengo que hacer.

* * *

Quentin Kirkland era la viva estampa de la ruina física cuando fue conducido a presencia del teniente Porter.

—Aquí tiene sus objetos, capitán Kirkland —dijo el oficial de policía, con ceño hosco—. Compruebe si están todos y firme el recibo.

Quentin asintió en silencio. Se guardó todas sus pertenencias y garrapateó su nombre en el papel que un guardia uniformado le tendía.

Porter entrelazó los dedos y le miró fijamente.

—Supongo, capitán, —dijo—, que estará usted dispuesto a abonar todos los desperfectos que ocasionó en «El Albatros de Oro».

—Tengo dinero suficiente para ello. Que me pasen la factura y les extenderé un cheque.

—Muy bien, capitán. Y ahora, vamos a lo otro. Cuando la patrulla le trajo aquí, usted estaba sin conocimiento. Lo recobró en la celda y casi se volvió loco, queriendo arrancar los barrotes. Necesité cuatro de mis hombres más fuertes para reducirle de nuevo. ¿Por qué?

Quentin se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó secamente.

—Yo sí lo sé, capitán —dijo el teniente con frío acento—. Y se lo voy a decir inmediatamente. Está furioso porque todavía no se ha encontrado al asesino de su hermano Sherman.

—No pretenderá que lo celebre con fuegos artificiales y una banda de música, ¿verdad?

—Me es igual —continuó el policía—. Sólo que, en esta ocasión, le voy a hacer una advertencia. Muy seria e inapelable, porque no se la repetiré más.

Quentin no contestó. Miró al techo deliberadamente.

—Es el tercer escándalo de este calibre que me ocasiona en menos de dos semanas. Los desperfectos de «El Albatros de Oro» suman... —Porter hojeó unos papeles y continuó—, quinientos doce dólares con sesenta y dos centavos.

—Los pagaré.

—Bien. Mejor para Sturgis. Ahora, capitán, le diré que, deliberadamente, se ha quedado en tierra, abandonando el mando de su carguero, para tratar de hallar al asesino de su hermano Sherman. De eso nos encargamos nosotros, ¿me entiende?

Quentin soltó una seca carcajada...

—Ya lo veo. Tino Saldino sigue paseándose tan fresco por la bahía en sus yates de recreo. Siga, siga, teniente; esto se pone la mar de atractivo.

—Está muy equivocado, capitán, si cree que, haciendo el detective por su cuenta, conseguirá triunfar donde nosotros no hemos cosechado sino fracasos. Métase bien esto en su estúpida sesera: le conviene volver de nuevo a su barco o, de lo contrario, haré que le retiren para siempre su licencia para mandar una nave en los siete mares, como capitán de no importa cuál clase de barco, ¿me ha oído?

Quentin apoyó las manos sobre la mesa y miró fijamente a su interlocutor.

—Sí —replicó—. Le he oído. Y ahora me va a oír usted a mí. Mi hermano Sherman era el mejor sargento de detectives que ha habido jamás en el Departamento

de Policía de esta podrida ciudad. Lo mataron de dos tiros por la espalda, porque estaba investigando algo que a alguien muy poderoso le convenía que no se supiera. Y ustedes, en lugar de continuar su labor y vengarle, se están ahí cruzados de brazos. ¡Pues yo no me cruzaré de brazos, teniente Porter! ¡Hallaré al asesino de Sherman, aunque tenga que volver del revés la ciudad! Y ni usted ni mil policías más conseguirán detenerme, entérese bien de ello.

Porter le miró fríamente.

—¿Ha terminado usted ya, capitán?

—No. Todavía tengo algo que decirle. Esto vale lo mismo para usted que para el comisionado Farchity, que para el inmoral alcalde Dejana: ¡Váyanse todos ustedes al infierno!

Porter no se inmutó. Tocó el timbre para que acudiera un guardia.

—Haga el favor de acompañar al capitán Kirkland a su casa, Mulberry.

Antes de salir, el teniente volvió a hablarle:

—Ah, se me olvidaba decirle una cosa, capitán Kirkland. El juez le fijó una fianza de mil dólares para dejarlo en libertad. En vista de que usted no se hallaba en estado adecuado para firmar un cheque, lo hizo otra persona por usted. Quizá haya oído hablar de ella. Me refiero a la señorita Axelia Torgren.

CAPÍTULO II

Se sorprendió bastante cuando el conserje no le dio la llave.

—Tiene visita, capitán Kirkland.

El joven enarcó las cejas.

—¿Y quién diablos es usted para entregar la llave de mi piso sin permiso?

—Je, je, je —rió el conserje—. Cuando vea usted a la persona que le está esperando, comprenderá que incluso yo hubiera bailado de coronilla si me lo hubiese pedido. Suba, suba, capitán.

Quentin asintió con un gruñido. «¡Maldito calor!» renegó entre dientes, encaminándose al ascensor.

Abrió la puerta del apartamento. Aroma de café recién hecho le llegó al olfato.

—¿Quién está ahí? —gritó desde el umbral.

—¡Un momento! —le respondieron desde la cocina—. Su desayuno estará listo en diez minutos.

La voz era femenina, y Quentin no la había oído nunca antes de aquel instante.

—Váyase al baño; lo está necesitando —le dijo la mujer. Su voz era fresca y alegre—. Cuando esté listo, le daré de desayunar.

Quentin hizo una mueca.

—No parece traer malas intenciones —se dijo, mientras tomaba del armario ropa limpia de pies a cabeza. Luego se dirigió al baño.

Salió de él media hora más tarde. Salvo un par de chichones en la nuca, que no se advertían a simple vista, su aspecto era excelente.

Se quedó clavado en el suelo al reconocer a su visitante, pese a que no había hablado nunca con ella. Sin embargo, la imagen de Axelia Torgren había aparecido demasiadas veces en toda clase de revistas gráficas y noticiarios de cine y TV para no conocerla al instante.

La mesa estaba ya puesta y en ella se vela un succulento desayuno. El olor del café era sumamente agradable.

—Bien, capitán —dijo ella— acérquese y pruebe una muestra de mis habilidades culinarias.

—¿Puedo saber a qué debo el honor, no sólo de su visita, sino también del haber salido de la cárcel mediante su fianza? —preguntó él, hoscamente, sin dejarse impresionar poco ni mucho por la serena belleza de la joven.

—¿Por qué no come primero? —contestó ella, sin dejar de sonreír—. Después de la nochecita que ha pasado en los calabozos de Jefatura, ¿no cree que eso es lo que más le conviene, capitán Kirkland?

Quentin pasó una pierna por encima de la silla. Sentóse, sin dejar de mirarla con el ceño duro.

Axelia sirvió café en dos tazas. Tomó una de ellas para sí.

—Vamos, vamos, capitán; no se quede parado. Se le enfriará el desayuno y...

Rendido por el hambre, Quentin empezó a comer. Cuando hubo limpiado todos los platos, tomó su cuarta taza de café y cogió el cigarrillo ya encendido que le pasaba la joven.

El cabello de Axelia parecía un casco bruñido, bajo el cual brillaban dos ojos de un incomprensible color azul. Sus dientes destellaron al sonreír.

—Está esperando mis explicaciones, ¿no es así, capitán?

—Cierto. Es natural que las espere; este lugar —y el joven trazó un amplio semicírculo con su mano izquierda—, no es el más apropiado para la hermosa y rica heredera de las «Empresas Torgren». ¿Por qué ha venido a verme, señorita Torgren?

Ella miró pensativamente el fondo de su taza. Luego, levantó la vista.

—Le necesito, capitán —dijo.

—¿Para qué?

—¿Conoce usted el «Amelia Torgren»?

—He oído hablar de él —contestó Quentin cautelosamente.

—Lleva el nombre de mi madre. Se lo construyó mi padre hace cinco años, cuando su situación financiera pudo permitirselo. Pero ella no llegó a pisar la tablazón de su cubierta. Murió antes de que lo botaran.

—Es un buen yate. Muy marinero y muy rápido.

—Ahora no tiene capitán.

—¿Qué hace Sam Hollis, pues?

—Se aburría y nos dejó. Ahora manda un cargo con bandera liberiana.

—De modo que usted tiene un barco sin capitán. Y, aprovechando que conoce a un capitán sin barco, va y viene a buscarme a mí para ofrecerme el cargo.

Ella le miró rectamente.

—Así es. ¿Qué me contesta usted?

Quentin dejó el cigarrillo sobre el cenicero. Levantándose, se dirigió a una consola cercana, regresando medio minuto más tarde. Traía un talonario de cheques en la mano.

—Creo que fueron mil dólares los que pagó por mi fianza, ¿no es así, señorita Torgren?

Axelia enrojeció súbitamente. Su seno, turgente y joven, palpitó con violencia, bajo la delgada tela que lo cubría.

—¡Está rechazando mi oferta, capitán! —exclamó.

—Así es, señorita Torgren. Confírmeme la cifra, se lo ruego.

—No quiero su dinero. Le quiero a usted, capitán.

—Y yo repito que no me interesa entrar a su servicio, señorita Torgren. Por el momento... tengo otras cosas mejores que hacer y puedo aguantar algún tiempo sin empleo.

—¡Otras cosas mejores! —repitió ella con desdén—. Sí, buscar al asesino de su

hermano.

El rostro del joven se congestionó.

—¡Cállese usted! ¡No lo mencione siquiera! ¿Me ha oído?

—Sí, le he oído, capitán Kirkland —contestó ella, muy excitada—. Le he oído perfectamente y sé que esa empresa en que se ha metido es tan absurda como luchar contra molinos de viento.

—Usted no es quién para calificar lo que yo hago, señorita Torgren —replicó él, airadamente—. Sherman era mi hermano. Le metieron dos balazos en la nuca. Alguien —y señaló con el dedo índice a la mesa—, alguien de aquí, de esta maldita y condenada ciudad. Y yo pienso hallar a su matador, cosa que nadie se atreve no ya a hacer, sino a intentar, porque todos los habitantes de Clearwater tienen miedo. Así, como lo oye, MIEDO, con mayúsculas, ¿me entiende usted, señorita?

Ella no se inmutó.

—Los ciudadanos de Clearwater, es cierto, tienen miedo, y no hacen nada. Pero usted, en cambio, está poseído por otro sentimiento que es mucho peor y que acabará llevándolo a la ruina. ¿Quiere que le diga cuál es ese sentimiento, capitán Kirkland?

El «¡sí!» de Quentin resonó en la estancia como un pistoletazo.

—La furia —dijo ella, sosegadamente. Hizo una corta pausa y añadió—: La furia es la peor venda de cuantas se han inventado, capitán. Le privará de toda clase de visión y usted acabará estrellándose contra Dios sabe qué muro de piedra, que no podrá derribar con la misma facilidad que anoche derribaba las mesas de «El Albatros de Oro».

Quentin la miró curiosamente. De pronto, inquirió:

—¿Qué sabe usted de la muerte de mi hermano?

—¿Yo? —rió ella, nerviosa—. Lo que dijeron los periódicos y lo que he oído de usted, nada más. ¿Qué otra cosa podría saber?

—Está mintiendo de una manera magnífica, señorita Torgren.

—¡Basta! —exclamó ella, roja de ira—. No he venido aquí para hablar de cosas pretéritas, sino presentes y futuras en todo caso. Mi oferta sigue en pie. Contésteme de una vez.

—No —dijo él, seca y rotundamente.

Axelia se puso en pie. Tenía el bolso colgado de la silla y lo recogió.

—Está bien, capitán Kirkland. Si cree que me ha vencido, está muy equivocado. Usted mandará el «Amelia Torgren» lo quiera o no. Y todavía más: le aseguro que vendrá a mí voluntariamente.

—Craso error, señorita —dijo.

—Su inconsciencia es tanta como... —Le miró de arriba abajo— como su apostura, capitán. Lástima de presencia física tan mal aprovechada. Siga usted entercado en su postura. Ya me dirá lo que hace cuando se entere de que nadie quiere confiarle el mando, ni siquiera de un bote de remos.

El joven arrugó el entrecejo.

—Represalias, ¿eh?

—Tómelo como quiera, capitán —dijo ella desdeñosamente, encaminándose a la puerta.

Quentin la alcanzó de dos saltos, interponiéndose entre ella y la puerta.

—Harold Torgren es un naviero muy poderoso, pero ni él ni cien como él, me harán retroceder en un solo paso del camino que me tengo trazado. Si fue su padre quien la envió, ya puede decírselo de mi parte.

Ella le —miró serenamente. Era muy alta—, y su delgadez era sólo aparente. Sus fotografías a todo color en traje de baño habían causado sensación.

—Está bien, capitán; pero déjeme pasar y, Quentin sonrió ladinamente. De pronto, con un gesto totalmente inesperado, lanzó sus brazos hacia adelante, estrechando a la joven por el talle.

En vano fue que Axelia tratara de resistirse; en los membrudos brazos del joven era poco menos que una pluma y se sintió inexorablemente atraída hacia él.

Mientras Quentin oprimía los labios con fuerza, Axelia le golpeó el pecho con los puños cerrados. Pero sus golpes carecían de convicción y acabaron por cesar, cuando, lentamente, sus brazos se enroscaron en torno al cuello del capitán.

Éste se separó, sonriendo satisfecho. Ella aparecía impasible, después de haber denotado claramente la derrota sufrida.

Sin embargo, una chispa brillaba en sus ojos. Levantó la mano derecha y la estrelló contra la mejilla del joven.

—Esto... por... por..., por no aceptar el puesto de capitán de mi yate —dijo, pasando por delante de él.

Y por primera vez en mucho tiempo, Quentin soltó el trapo de la risa. Rió abundantemente, hasta que las lágrimas le corrieron por las mejillas.

Pero no tardó mucho en recuperar su compostura habitual. La inesperada visita de la hermosa hija de Harold Torgren, el opulento financiero, le estaba dando mucho que pensar. Algo se escondía tras sus —ficticias o reales— pretensiones de tomarle como capitán de su yate. Qué era, tendría que buscarlo por sí mismo, sin pedir ayuda a nadie. Las palabras de Axelia habían dicho bien a las claras, pese a su negativa, que ella sabía algo relacionado con la muerte de su hermano Sherman. Y para empezar a averiguar cosas, lo mejor era ponerse en campaña inmediatamente.

Fue a un armario secreto que tenía hábilmente oculto tras un cuadro y en el cual guardaba algunas cosas que le interesaban especialmente, y lo abrió. Había en él, además de otros objetos, una pistola de pavoroso cañón, calibre 45, junto con algunos cargadores y una funda axilar.

Se colocó ésta, ciñéndose bien el arnés. Comprobó el perfecto funcionamiento del arma, sopesándola luego especulativamente. Si conservaba la buena puntería de que había hecho gala en Corea, cuando, aburrido una temporada del mar, combatiera con las fuerzas de tierra, alguno tendría que lamentarlo... si era atacado, naturalmente.

Salió del apartamento, dejando, como de costumbre, la llave al conserje. Se

encaminó a la calle.

Miró al cielo. Lo vio plumizo, encapotado, a punto de convertirse en una catarata de agua, derramando mientras tanto olas de plomo fundido sobre la tierra. El calor era inaguantable y sintió que la camisa se le pegaba al torso instantáneamente húmedo.

En la esquina de la calle, un automóvil se puso en marcha. Quentin echó a andar sin darse cuenta del detalle. Como la noche anterior, su meta primera era «El Albatros de Oro».

Caminó hasta llegar cerca de la esquina con la calle transversal. Entonces se dispuso a cruzar.

En aquel momento oyó un ruido extraño. Ya tenía un pie en la calzada.

Volvió la cabeza. El ruido extraño era el de un motor acelerado al máximo.

Alguien gritó estridente. Quentin no tuvo tiempo sino de ver a un automóvil que se le echaba encima a toda marcha.

En la décima de segundo que duró la visión, pudo advertir a un hombre inclinado sobre el volante. Sus ojos brillaban con furia asesina bajo la doblada ala del sombrero. El zumbido del motor se convirtió en un sonoro rugido, sólo comparable al de un avión picando hacia su objetivo. El automóvil aumentó de tamaño velozmente.

Quentin dio un enorme salto atrás, cayendo de espaldas sobre la acera. Un guardia usó su pito con liberal estruendo.

El joven rodó velocísimamente sobre sí mismo, protegiéndose al mismo tiempo la cabeza con los brazos. El automóvil dio un salto enorme cuando su rueda delantera rebotó sobre el cordón de la acera. El metal de su carrocería crujió alarmantemente.

Quentin notó con claridad el viento desplazado por la veloz marcha del vehículo. Oyó sus gomas chirriando contra el asfalto y luego lo vio acelerando para desaparecer de allí. Tomó la curva sobre dos ruedas en medio de un infernal estrépito y luego se esfumó, tan rápidamente como había aparecido.

La calle era un hervidero de gritos y comentarios. Algunos curiosos se reunieron en torno al joven, ayudándole a levantarse. Éste se puso en pie, sacudiéndose con las manos el polvo adherido a sus ropas.

El guardia del silbato acudió presuroso, abriéndose paso entre el gentío.

—¡Despejen! ¡Circulen, por favor, señores! ¡Hagan el favor de marcharse!

Se encaró con el joven.

—¿Le ha ocurrido algo, señor?

Quentin denegó con la cabeza, en tanto se limpiaba las rodilleras de los pantalones.

—Gracias, guardia. Lo vi venir a tiempo y... Ese tipo estaba chiflado, ¿no le parece?

—Oiga —exclamó de pronto el policía—, ¿no es usted el que durmió anoche en los calabozos?

El joven frunció el ceño.

—Sí, agente.

—Le conozco, capitán; y puedo anticiparle que tomé la matrícula de este coche por si quiere entablar demanda contra su conductor.

—¡Bah! ¡Tonterías! Antes de que pueda hacer nada, ya se la habrán cambiado. No se preocupe, agente; muchas gracias.

Se disponía a marcharse cuando, de repente, se le ocurrió una idea.

—Escuche, agente.

—¿Sí, capitán?

—Telefonee al teniente Porter, de la Brigada de Homicidios y cuénteles lo que me ha sucedido, sin omitir una coma. Dígale lo que me ha pasado y que saque las consecuencias que quiera. ¿Me ha entendido?

El rostro del agente adquirió una expresión de pasmo extraordinario.

—¿Quiere... decir, señor..., que ese accidente ha sido provocado?

—Creí que usted habría sabido verlo —contestó el joven con acidez, reanudando su marcha—. Ande ya, Cuénteselo al teniente Porter.

El dueño de «El Albatros de Oro» le miró con aprensión apenas le vio empujar los batientes de la puerta. Se precipitó a limpiar innecesariamente con un trapo el mostrador.

—Buenos días, capitán. ¿Cómo se encuentra? ¿Una cerveza con *whisky*?

—Me encuentro todo lo bien que puede encontrarse una persona a quien le anuncian que ha causado desperfectos por valor de quinientos doce dólares con sesenta y dos centavos.

—Bueno... ¡Ejem!, capitán, es que... Usted comprenderá que uno tiene que vivir...

—Desde luego, pero sin sangrar a los demás. Olvidas, Sturgis, que éramos cinco en la «discusión», y que, naturalmente, cada uno de ellos ha de pagar su parte. Yo no la busqué, ¿verdad?

El dueño de la taberna tragó saliva ruidosamente. Los enormes puños del capitán le infundían un severo respeto.

—Sí, claro..., capitán. Como usted quiera... Lo que diga, capitán.

Quentin sacó un papel que ya tenía preparado en el bolsillo.

—Ahí tienes. Mi parte proporcional. El quinto de lo que importan los daños. Ciento dos dólares con sesenta y tres centavos. El resto se lo cobras a los otros. ¿Conforme?

—Conforme, capitán.

—Y ahora, me vas a contestar a algunas preguntas. Cuidado con las respuestas, Sturgis, o haré contigo lo mismo que hice anoche con las mesas de esta infecta pocilga.

El tabernero había visto la pelea y sabía de lo que era capaz de hacer el joven si se le enfurecía. Se limitó pues, a asentir tragando saliva.

—Diga..., capitán Kirkland.

—Anoche me atacó un tipo a quien yo no había visto jamás. Sí, me refiero al

gigante aquél. ¿Quién es, cómo se llama y dónde vive?

—Verá, capitán... Su nombre es Pete Wharton. Ordinariamente está embarcado en el «Arador»... Pero ahora, por lo visto, se quedó sin trabajo y...

—Y ese canalla de Saldino se lo dio, ¿no es así?

Jimmy asintió en silencio.

—Bien; ¿y qué más?

—Vive..., vive en la calle Portland, sesenta y tres. Eso... eso es todo cuanto sé.

Quentin arrojó una moneda sobre el mostrador.

—Toma, cóbrate esa cerveza.

—Pero ¡si no se la ha bebido!

—Mi estómago sale ganando con ello. ¡Adiós!... ¡Ah!, y olvídate de que me has visto, ¿estamos?

—Sí, capitán... Como usted ordene, capitán...

Salió a la calle. Se enjugó el sudor de la frente con un pañuelo. Echó un par de tacos acerca de la sofocante temperatura y se encaminó hacia la calle Portland.

No estaba muy lejos de allí, ni tampoco del muelle. Si «El Albatros de Oro» se hallaba instalado en un lugar repugnante, la calle Portland no le cedía en mugre y suciedad. Terminaba en un viejo muelle de madera, reliquia de los pasados tiempos en que atracaban allí los veleros que hacían el tráfico con México y Sudamérica. Ahora sólo lo hacían de tarde en tarde, los cargos de la navegación costera y otras embarcaciones de menos fuste.

Buscó el número sesenta y tres. Cuando lo hubo hallado, empezó a subir por una penumbrosa escalera, cuyos viejos escalones crujían alarmantemente bajo sus noventa y cinco kilos de peso.

Se detuvo ante la puerta en que suponía debía vivir el gigante. Tenía que interrogarle y a fondo. Y se dispuso a utilizar la pistola como medio intimidatorio si Wharton se negaba a responder a sus preguntas.

Llamó con los nudillos, sin obtener respuesta. Volvió a llamar, impacientándose ligeramente.

Al fin, decidiéndose, tocó la madera de la puerta. Con gran sorpresa suya, vio que cedía con toda facilidad.

Para no ser tomado por sorpresa, desenfundó el arma. Empujó la puerta con la mano izquierda, avanzando cautelosamente hacia el interior.

El cuarto estaba a oscuras y hedía a suciedad y licor barato. Quentin tanteó con la mano hasta hallar el interruptor de la luz.

Cuando las tinieblas se hubieron disipado, paseó la vista por la sucia estancia en que se encontraba. A juzgar por lo que podía ver, Pete Wharton era enemigo irreconciliable de la higiene.

Y unos segundos más tarde, supo que el gigante no podría proporcionarle ninguno de los informes que ambicionaba, porque, ¿cómo iba a hacer hablar a una persona que tenía media docena de balazos en el cuerpo?

Se estremeció, tratando de recobrar su estabilidad mental. El choque había sido un poco fuerte y el aspecto de Wharton tenía de todo menos de agradable.

Se dispuso a investigar a fondo en aquel antro de suciedad, pero antes de que diera dos pasos, oyó crujir los peldaños de la escalera.

Saltar hacia el interruptor y apagar la luz fue obra de un segundo. Después, agazapado en las sombras, aguardó.

CAPÍTULO III

La puerta se abrió lentamente y Quentin disparó sus manos para apresar al recién llegado. Le tapó la boca con una, en tanto que con la otra le sujetaba el talle.

Un segundo después, lo soltaba, completamente desconcertado, y encendía la luz.

—¡Usted! —exclamó, con infinita sorpresa.

Axelia le miró con ojos de pasmo, muy pálida.

—¡Capitán Kirkland!

—El mismo —contestó él—. ¿Qué hace usted aquí?

Axelia se recuperaba rápidamente.

—¿No cree que yo también podría formularle la misma pregunta? Su... forma de recibir a las personas no es muy agradable que digamos.

—Cuando se tiene a mano el fiambre de un tipo a quien le han clavado seis plomos en la barriga, es preciso ser cuidadoso con los visitantes inesperados, ¿no le parece? —Y al mismo tiempo que hablaba, señalaba con el pulgar a sus espaldas.

Ella miró hacia el interior de la habitación. De pronto, sus ojos se desorbitaron y retrocedió un par de pasos, en tanto abría la boca.

Quentin saltó hacia la joven, tapándosela con una mano, en tanto la sostenía con la otra.

—Por lo que más quiera —recomendó—, no grite usted. No grite o en un segundo tendremos aquí a toda la vecindad. ¿Me promete portarse bien, señorita Torgren?

Ella asintió con breve parpadeó. Entonces, Quentin la soltó, retrocediendo un par de pasos.

Sacó un pañuelo y se limpió el carmín adherido a la palma de la mano.

—Si venía a hablar con Wharton, ha perdido el tiempo, como yo —dijo.

—¿Y... por qué le han matado? —inquirió Axelia, toda temblorosa.

Quentin se encogió de hombros.

—Éste es un caso de «sabía demasiado», me jugaría el pescuezo. Y entre estas gentes del hampa, lo más práctico es ser un ignorante cerril. De lo contrario..., termina uno como ve; con seis tiros en la barriga. Vamos, que no se ha desperdiciado ni uno solo.

Atraída morbosamente a su pesar, Axelia arrojó una mirada sobre el cadáver de Wharton, en cuyo rostro se advertía helado el horror de sus últimos instantes.

—Pe... pero ¿no habrán oído la vecindad los disparos? —balbució.

—Quizá sí y quizá no. Lo más probable es que usaran silenciador; pero en todo caso, aquí la gente tiene como norma invariable no entrometerse en los asuntos de los demás. De modo que el que oyó algo, se limitó a murmurar cualquier insulto contra los que le habían desvelado y dar media vuelta en la cama, ¿me comprende usted?

Axelia movió la cabeza afirmativamente. Luego, preguntó:

—Usted había venido a verle, capitán, ¿no es así?

—Claro. Lo mismo que usted.

—¿Para qué quería verle?

—¿No se lo imagina? Ya me lo dijo hace poco; de modo que no es menester que vaya insistiendo acerca del interés que tengo en el asesino de mi hermano. En cambio, usted, ¿qué diablos tiene que hacer aquí, en un lugar tan repugnante como éste?

Ella apretó los labios con gesto significativo. Quentin comprendió que no hablaría y se encogió de hombros.

—A su gusto, señorita Torgren. Antes vino a verme, con la excusa de ofrecirme el mando de su yate. Pero en realidad, buscaba algo más de mí. Y tendrá eso que busca, si no es totalmente franca hablando. De modo que, como veo que no tiene ganas de hacerlo, yo voy a actuar como si estuviera solo. Siga, siga; ésta es su casa — concluyó él, con ironía.

Acto seguido se dirigió hacia el cadáver, que aparecía completamente vestido, y empezó a registrarlo meticulosamente, contemplado con horror por la muchacha. No dejó el menor recoveco de las ropas de Wharton por indagar, aunque a última hora hubo de dar por concluida su labor con un rotundo fracaso.

—Nada —murmuró enojado, mirando en torno suyo.

Aparte de la cama, dos sillas y un anticuado lavabo, el único mueble que había en la estancia era una vieja consola con cuatro o cinco cajones. Quentin inició un metódico registro de su interior.

Diez minutos más tarde, creyó haber hallado la recompensa a sus desvelos. Sacó, de entre un puñado de viejos calcetines, una no menos vieja billetera con tarjetero.

—Bueno —resopló—, algo es algo. Ese tipo tenía...

Se interrumpió de pronto al darse cuenta de que estaba solo.

—¡Diablos! —rezongó entre dientes—. Se ha marchado.

Se mordió los labios al advertir que Axelia le había dejado sin que él, afanado con su labor, se hubiese percatado de su marcha. Pero no tardó mucho en consolarse.

Se encogió de hombros y lanzó un gruñido:

—Bueno, ella se lo pierde —tras de lo cual, se entregó de lleno al examen de la billetera.

Había pocas cosas en ella, aparte la documentación personal del muerto. Treinta o cuarenta dólares, su cartilla de enganche marítimo, algunas tarjetas de visita sin importancia, puesto que todas eran de otras ciudades, y un papelito doblado cuidadosamente.

Lo desdobló, leyendo su contenido.

«S. K., sabe el asunto del “Aloha Nui”. Convendría hablar con

L. Redding».

No había más. Ni fecha ni firma, pero en cambio se mencionaban allí dos nombres que podían ayudar mucho al joven en sus investigaciones. El de un barco cuyo datos podría obtener fácilmente en las oficinas de la Autoridad del Puerto, y el de una persona. Éste era ya más difícil, pero acabaría por conocerlo. Y hacerle hablar, por supuesto.

Guardó pensativamente el papelito, tratando de hallar una explicación al hecho de que Wharton hubiese guardado una nota tan simple como aquélla. Era un mensaje entregado subrepticamente que debía ser leído y destruido inmediatamente, pero, por alguna razón, Pete lo había conservado.

¿Un posible chantaje? Cabía tal hipótesis, puesto que estaba escrito en una forma completamente normal y, el testimonio de un perito calígrafo valía tanto como la misma, en caso de querer utilizarlo para tal extorsión. Ahora, naturalmente, venía la pregunta lógica: ¿quién lo ha escrito?

Pero lo interesante ahora era descubrir al tal Redding y hablar con él. O hacerle hablar, si se descuidaba.

Se dirigió hacia la puerta, pero antes de llegar a ella se detuvo como herido por un rayo. «S. K. sabe el asunto de...».

¡S. K.! ¡Sherman Kirkland! ¡Su hermano!

¡Qué idiota había sido! ¿Cómo no había sabido verlo antes?

Se volvió hacia el muerto y, casi inconscientemente, le amenazó con el puño.

—Me gustaría que estuvieses vivo, Pete Wharton —dijo—. ¡Cuánto íbamos a hablar tú y yo!

Apagó la luz y salió.

En la calle respiró a pleno pulmón, pese al bochorno que reinaba. El aire salino que provenía del mar le tonificó notablemente.

Buscó un bar. Pidió una cerveza bien fría, y mientras se la servían, estudió la guía telefónica. Por el momento, era el único medio que tenía de averiguar el domicilio del tal Redding..., si éste disponía de teléfono.

El nombre de Redding era Lexington y vivía en la Avenida de la Unión. Figuraba como corredor de bienes raíces, y Quentin decidió ir a verlo apenas hubiera tomado un bocado, pero no en aquel tugurio.

Una hora más tarde, su dedo índice oprimía el timbre de la casa de Redding.

Tuvo precisión de llamar de nuevo antes de que le abriesen la puerta, no sin antes ser escrutado por la mirilla de la misma.

Le recibió un hombre alto, bien plantado, de unos treinta y seis años de edad, con las Sienes interesantemente plateadas. Vestía un batín de andar por casa y en su mano izquierda sostenía una larga boquilla con un cigarrillo humeante.

—El señor Redding, según presumo —dijo el joven.

—El mismo —contestó el aludido—. Pero ahora ya no es hora de oficina, señor.

Vuelva mañana a las nueve...

—Lo que tengo que decirle no admite demora, señor Redding. Es un asunto particular.

—Todos mis asuntos —contestó el otro, con el ceño fruncido—, particulares o no, los trato siempre a las horas de oficina. Cuando éstas han transcurrido ya, me entrego al descanso; no sé si usted me ha comprendido, caballero.

—Perfectamente. Pero ya le he dicho que no puedo esperar más —después de lo cual, el joven dio un violento empujón a la puerta entornada, terminándola de abrir.

Redding era alto y fuerte, pero no podía compararse con el joven. Retrocedió violentamente, mascullando una imprecación.

Quentin cerró la puerta, avanzando tranquilamente hacia el centro de la estancia, amueblada con lujo y bastante gusto. Percibió una suave fragancia que en modo alguno podía confundirse con el olor del cigarrillo que Redding estaba fumando.

—Si no se marcha usted inmediatamente —le amenazó el dueño de la casa—, llamaré a la policía.

—Hágalo —contestó tranquilamente el joven—. Quizá así les interese saber por qué Pete Wharton tenía que hablar con usted acerca de un barco llamado «Aloha Nui».

El semblante de Redding se cubrió instantáneamente de una capa de color gris ceniza.

—No sé qué está diciendo —gruñó, pero en tono ya menos firme.

Quentin se acercó hasta un aparadorcito próximo, sirviéndose una copa de licor. Lo paladeó apreciativamente.

—Buen *whisky*, amigo —elogió—. Sí, volviendo a lo del «Aloha Nui», había un tal S. K. que conocía algo acerca de ese barco. ¿Sabe usted quién era el hombre que respondía a tales iniciales?

—Jamás he oído hablar de semejantes necedades. Váyase inmediatamente o...

—S. K. quería decir Sherman Kirkland, y era sargento de policía. Lo mataron de dos tiros, ¿lo recuerda, señor Redding?

—Es posible —contestó el otro cautamente.

—Bien. Pues también anda en el ajo un tipo llamado Pete Wharton, a quien se le recomendó hablase con usted. Y Wharton y usted hablaron. ¿De qué, Redding?

El corredor de fincas encogió los hombros.

—No lo sé. En mi vida he oído el nombre de Wharton.

Quentin le arrojó a la cara el resto del licor.

—Está mintiendo, Redding.

Éste se limpió el rostro, en tanto que soltaba una maldición.

—¡Qué diablos...!

—¡Contésteme! —rugió el joven, empezando a perder la paciencia.

—No tengo nada que decirle —chilló el otro.

De pronto, Quentin saltó hacia él y le golpeó el rostro con el dorso de su mano.

Uno de los labios de Redding se abrió y empezó a sangrar.

—Sherman Kirkland era mi hermano y alguien le mató porque se había enterado de un secreto que era altamente peligroso para el hombre que ordenó su muerte. Usted sabe algo del asunto. Cuéntemelo.

—Le digo que...

El puño izquierdo del joven se disparó con terrible violencia.

Alcanzado en el plexo solar, Redding se curvó sobre sí mismo, solamente para encontrarse con la rodilla de Quentin. Su nariz empezó a sangrar también.

Toda la apostura del negociante desapareció en un segundo. Mientras trataba de contener la hemorragia con un pañuelo, lloriqueó como una muchachita.

—Le repito que no sé nada, capitán Kirkland —gimió—. Esa nota...

—¿Quién ha hablado de nota? —rió el joven triunfalmente—. ¿Quién le ha dicho que yo soy capitán? Dijo que no me conocía, ¿verdad? —Y le soltó un nuevo mamporro que le hizo dar dos vueltas sobre sí mismo y caer finalmente sobre un diván.

Redding jadeaba penosamente.

—No sé nada —repetía una y otra vez, afirmando al joven en su creencia de que sí sabía—. Le digo que...

Quentin se fue hacia él, cogiéndole con una sola mano por las solapas del costoso batín, que ahora aparecía manchado de sangre. Le izó en vilo, plantándole el puño bajo la nariz.

—Está mintiendo como un bellaco, Redding. Y la lástima es que tiene un físico bastante agradable. ¿Le gustaría que se lo arruinase?

—Déjeme en paz. Yo no...

—Por última vez. ¿Qué es lo que hablaron usted y Wharton? Mi hermano murió. ¿Cree que voy a pararme en contemplaciones cuando anda por ahí suelto su asesino?

La mirada del joven imponía. Esto, unido al enorme puño que le rozaba su nariz, acabó por derrotar al corredor de fincas.

—Está bien... —jadeó penosamente—. Suélteme. Se lo contaré todo.

Quentin accedió, empujándolo sobre el diván.

—Vamos, engrase el pico. Repítame la conversación que tuvo con Wharton.

—Fuera... era... Trataba del «Aloha Nui» y de un paquete que debía venir a bordo.

—¿Qué clase de paquete? ¿Drogas?

Redding meneó la cabeza.

—No... No lo sé... De veras, se lo juro, capitán. Yo... sólo sé que habitualmente Wharton lo recogía del barco. Me lo pasaba a mí, y yo...

—¿A quién? ¿A Saldino?

Redding asintió.

—¿Qué contenía el paquete?

—Le repito que no lo sé. Yo era solamente un intermediario.

—Comprendo. Así podía desvanecerse mejor el rastro si la policía investigaba, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cuánto le pagaban por la operación?

—Usualmente, cinco mil. A veces más, a veces menos, pero esa cantidad era el término medio.

—Vaya. No está mal. Cinco mil por sólo pasar un paquetito de unas manos a otras. ¿Está seguro de que ignora su contenido?

—Absolutamente. Lo único que sé es que era muy pesado. No puedo decirle más.

—¿Y siempre se lo entregaba a Saldino?

—Siempre.

—¿Saldino le pagaba en el acto?

—Sí. En billetes pequeños.

—¿Cómo sabe que mi hermano conocía lo del «Aloha Nui»?

Redding se encogió de hombros.

—Fue Wharton el que me lo dijo. Entonces..., yo cogí miedo y quise cesar en... en el negocio, pero no me dejaron.

—Hay alianzas que no se rompen más que de una forma, Redding —dijo duramente el joven—. Y si no, pregúnteselo al fantasma de Wharton.

—¿Qué es lo que dice? ¿A qué se refiere?

—Por la noche —contestó duramente Quentin—, leerá la noticia en los periódicos. Wharton está más frío que un témpano de hielo, con seis tiros en la barriga. Sigamos... ¿Cuál fue el resto de la conversación?

Quentin tuvo necesidad de repetir la pregunta, pues Redding se había quedado como alelado al oír la noticia.

—¡Wharton..., muerto!

—Así es. Yo mismo lo he visto hace menos de dos horas. Pero vayamos a lo nuestro. ¿Qué más hablaron?

Redding estaba muerto de miedo. Se puso en pie.

—Déjeme ir. Yo me marcho de Clearwater. No quiero estar aquí ni un minuto más.

Quentin le empujó de nuevo al diván.

—No antes de que haya contestado a mis preguntas, hermano. Todavía ignoro el resto de la conversación.

—No fue mucho más. Estuvimos ideando un medio para transportar el paquete sin que Sherman..., su hermano, se enterase. Al... al fin, creímos haberlo hallado.

—¿Cómo pensaban hacerlo en lo sucesivo?

—¿Me delatará si se lo digo?

Quentin se echó a reír.

—¿Por quién me ha tomado, estúpido? ¿Piensa que voy a irle con el cuento a Saldino? Vamos, desembuche de una vez.

Redding tragó dificultosamente.

—Verá... Convinimos en hacer una prueba con el último paquete. Du... durante todo el mes anterior, Wharton estuvo comiendo caramelos casi constantemente... Pero el día en que bajó del barco... llevaba una gran bolsa en la mano. No había más que echárselos a la boca y masticarlos. No los disolvía en ella, sino que...

—No siga —dijo el joven, asqueado—. Ya me figuro el resto. Y, naturalmente, el paquete iría envuelto con los caramelos, ¿no?

—No —contestó el corredor de fincas, sorprendentemente—. Revuelto con ellos.

—¿Qué está diciendo? ¿Me ha tomado por idiota?

—No...

—Antes dijo que no lo sabía. Ahora veo que me mintió. ¿Voy a tener que machacarle la nariz?

—Le juro que es así. Wharton me dijo que subdividiría el paquete en muchos pequeños y que los mezclaría con los caramelos. Luego, en su casa, habiendo atravesado ya la aduana sin novedad, hizo una selección y me lo entregó a mí con el empaquetado de costumbre.

—¿Y no sintió nunca curiosidad por saber qué era lo que contenía?

Redding rió desagradablemente.

—Cinco mil dólares por paquete me curaban de la curiosidad radicalmente.

—Puede que tenga razón —murmuró el joven, meditabundo. Luego dijo—: Está bien. Con lo que acabo de oír, creo que tengo más que suficiente. Gracias por sus informes... Y ahora, ¡tome el pago!

Estrelló el puño contra la nariz de Redding, usando de todas sus fuerzas. El corredor de fincas lanzó un grito y se desplomó en el diván.

—Esto es una ínfima parte de lo que me debéis por mi hermano —masculló el joven, dirigiéndose hacia la salida a grandes zancadas.

Cuando se hubo cerrado la puerta, una persona salió de la habitación contigua. Era una mujer, que miró al abatido Redding con infinito desprecio.

—¡Cobarde! —Le escupió.

—¿Qué querías que hiciese? —gimió el individuo—. Ese tipo me iba a matar. No puedo competir en fuerza con él, y tú lo sabes.

—No eres más que un asqueroso presumido, Lex. En cuanto tienes una ocasión de demostrar tu hombría, te vienes abajo apenas estornudan frente a ti. ¡Qué asco me das!

—Por favor —se levantó el hombre—. Tú lo has oído todo. Yo...

Ella le rechazó con las manos.

—No me toques, gusano. Apártate de ahí. Lo menos que se puede pedir a un hombre es demostrar que lo es realmente, y no sólo aparentarlo. Y tú, casi ni eso siquiera, Lex.

—¡No te vayas! —sollozó él, lleno de vergüenza—. ¡Quédate...!

Pero la mujer le rechazó con un fuerte empujón que lo arrojó al diván y de aquí al

suelo. Redding trató de incorporarse con las manos, al mismo tiempo que la miraba patéticamente.

Ella rió con desgarro.

—¿Lo ves? Hasta una mujer puede contigo, Lex. Bueno, ahí te quedas, y a ver si te mueres pronto.

—Si te vas, se lo diré a...

—¿A quién? —le desafió ella—. ¿A Tino? ¡Bah!... No me hagas reír. Puede que a mí me hiciera algo de daño, pero ¿qué crees que haría contigo?

Redding palideció súbitamente, pues sabía que ella decía verdad. Lleno de aprensiones, vio cómo se dirigía la mujer hacia la puerta y desaparecía de su vista.

Entonces, reaccionando, se puso trabajosamente en pie y se encaminó al dormitorio.

CAPÍTULO IV

Lexington Redding estaba aterrorizado, invadida por un pánico como jamás sintiera. Le dolía en el alma que ella, que tantas pruebas de amor le había dado, acabase de tratarle de aquella manera tan despreciativa, pero más le dolía aún el solo pensamiento de las posibles represalias de Saldino, si llegaba a enterarse de su forzada traición.

Tino Saldino sólo tenía una forma de pagar las traiciones, y Redding la conocía de sobra. Por eso, en aquellos momentos, estaba la mar de ocupado llenando un par de maletas de ropa con el fin de ausentarse de Clearwater por una larga temporada, cuanto más larga mejor.

Tenía algo de dinero en los bolsillos. Con esto y un talonario de cheques que se llevaba consigo, podía ir muy lejos. Su crédito en el Banco local era sólido, y no le rechazarían ningún talón en parte alguna de la nación. Incluso podía gestionarse unos cuantos cheques de viajero y pasar a México o Sudamérica; lejos, en fin, del largo brazo de Saldino, que solía tener muy malas pulgas en según qué ocasiones.

—¿Te vas de viaje, Lex? —dijo de repente una voz a sus espaldas.

El corredor de fincas se volvió con tal premura y con tanto susto, que tropezó y estuvo a punto de caer al suelo.

Sus ojos desorbitados por el pánico descubrieron a dos individuos, parados ambos en la ancha puerta del dormitorio. Eran dos tipos altos, delgados, casi esqueléticos, vistiendo con ropas oscuras y flotantes, que daban la sensación de bailarles continuamente encima de los huesos del cuerpo.

Un escalofrío de horror hizo estremecer a Redding. Sin haberlos visto jamás, los reconoció al instante. Eran los hermanos Torrance, Ernest y Romano, dos despiadados asesinos, carentes en absoluto de escrúpulos y capaces de asesinar a cualquiera si la paga era lo suficientemente buena, sin entretenerse nunca en los motivos de la persona que les ordenaba matar, y tan discretos como una pirámide egipcia.

Las cosas debían andar muy apuradas cuando Saldino les había hecho venir. Los Torrance eran independientes y no pertenecían a ningún Sindicato del Crimen, pero aun éstos, que tenían sus propios asesinos, no vacilaban en emplearlos cuando el asunto requería «limpieza», rapidez y discreción.

—¿Te vas de viaje, Lex? —preguntó de nuevo Romano Torrance, que era el que había hablado antes. Su voz era sinuosa, silbante como si saliese de las fauces de una víbora.

—No..., no... Solo... me disponía a pasar un fin de semana... Tengo una cabaña en las montañas y...

Ernest Torrance rió suavemente.

—Un fin de semana, Romano —dijo—. Fíjate que fin de semana tan largo. Todavía estamos a martes.

Redding tragó saliva al darse cuenta de su desliz.

—Bue..., bueno... en realidad..., quise decir que... pasaré esta semana fuera de Clearwater. En realidad, necesito un descanso y...

—Sí —murmuró Romano pensativamente—, creo que tienes razón. Necesitas un descanso. Largo, muy largo.

Un helado sudor cubrió las facciones del corredor de fincas al percatarse del siniestro significado de las palabras del asesino. Avanzó hacia ellos, con las manos extendidas, como queriéndolos detener con el gesto.

—No... no me iréis a asesinar, ¿verdad? Yo... yo no he hecho nada malo... Es... tuvo aquí el capitán Kirkland, pero no... le dije nada...

—Claro, claro —dijo Ernest. Miró especulativamente en torno suyo—. Estos apartamentos que tienen las paredes a prueba de ruidos son estupendos. Realmente, honran al arquitecto y al constructor, ¿no te parece, Romano?

—Sí, naturalmente. Hagamos la prueba, Ernest... ¿quieres?

Dos revólveres de corto cañón aparecieron al instante en las manos de ambos asesinos. Redding lanzó un aullido de pavor al ver las armas.

—Tú primero, Ernest.

—Por favor, Romano; tú eres el mayor de los dos.

—Gracias, hermanito. Probemos, pues, la resistencia al mido de estos tabiques.

Redding exhaló un aullido desgarrador al ver apuntado hacia él el revólver que sostenía el asesino. Cayó de rodillas, extendiendo las manos patéticamente, en un fútil y vano intento de detener su muerte.

—No..., no... —gritó, pero su voz fue cortada bruscamente por el primer estampido.

Se agarró el vientre con ambas manos, mirando estúpidamente a la pareja de forajidos. Sentóse sobre sus talones, gimiendo de dolor.

—Tú ahora, Ernest.

—Gracias, Romano.

Ernest disparó a su vez. La bala alcanzó a Redding en una mano, atravesándosela y clavándose en la parte alta de su vientre.

—Ahora te toca a ti, Romano.

Éste asintió, al mismo tiempo que apretaba el gatillo. Luego disparó Ernest y después cada uno de los dos hermanos soltó otro tiro, tres en total cada uno. Redding ya no sintió los últimos: era ya sólo un montón de ropas arrugadas y cubiertas de sangre que yacía en el suelo.

Con perfecta sangre fría, Romano se acercó al caído, inclinándose sobre él. Tocó su muñeca con el índice y el pulgar.

—Está muerto —dijo al cabo de unos segundos de atento examen.

* * *

Quentin se enteró de la muerte del corredor de fincas al día siguiente, por los titulares de la Prensa.

Profundamente meditabundo, leyó el relato que del crimen hacía el «Herald». Luego buscó, hallando en las páginas interiores el anuncio de la muerte de Wharton. Ninguno de los dos asesinatos, por el momento, estaba relacionado entre sí; pero el más lerdo debería darse cuenta de que tenían alguna relación. Solamente con pensar que cada uno de ambos cadáveres había recibido seis balazos, era más que suficiente para establecer tal concomitancia.

Esto le dijo que Saldino empezaba a temer algo. «Un individuo como él no cierra bocas así como así. Indudablemente, siente que el terreno se le ha ablandado bajo los pies. Si pudiera convertirselo en arenas movedizas...», pensó.

Una llamada al zumbador de la puerta apartó momentáneamente sus pensamientos de ambos sucesos. Comprobó que la pistola entraba y salía perfectamente de su funda y, poniéndose la chaqueta, se encaminó hacia la puerta.

La abrió. Divisó a una mujer bajo su marco.

Tenía el cabello tan oscuro como las alas de un cuervo, y debido al calor usaba un liviano traje de tela estampada, sostenido por dos delgadas cintas, que se amoldaba perfectamente a las opulentas curvas de su cuerpo joven y bien formado. Sus ojos eran verdosos, como de gata, y sus labios parecían una sangrante herida en la blancura de un rostro que rehuía deliberadamente los rayos del sol.

—El capitán Quentin Kirkland, según presumo —dijo ella, haciendo brillar dos perfectas hileras de dientes blanquísimos.

—El mismo —contestó él, dominando la sorpresa.

—Me llamo Dolores Hartig, capitán. ¿Puedo pasar?

—El piso está sin arreglar —contestó él—. Si se siente capaz de soportarlo...

Ella agitó una mano desdeñosamente.

—Puedo soportar eso y mucho más, capitán. Gracias por... su hospitalidad —dijo, cruzando el umbral.

Al pasar por delante de Quentin, dejó tras sí una tenue estela de fragante perfume que el joven aspiró deleitosamente... Pero, de súbito, todo el cuerpo de Quentin se envaró al reconocer el perfume.

Supo dominarse, sin embargo, y ofreció una silla a la recién llegada.

Dolores se sentó, enseñando un par de magníficas rodillas. Sacó de su estrepitoso bolso de rafia encarnada una costosa pitillera y se colocó un cigarrillo en la boca, ofreciéndole luego al joven.

Éste alargó su encendedor y, mientras expulsaba el humo de su cigarrillo, dijo:

—Lamento no poder ofrecerle otra cosa que *whisky*. Agoté el poco café que hice para mi desayuno y...

—No se preocupe, capitán; me hago cargo de sobra. Y ahora, ¿me permite usted exponerle el objeto de mi visita?

—Por supuesto —contestó el joven, sentándose frente a ella—. La escucho, señorita Hartig.

—Verá, capitán —dijo ella, contemplándose sus uñas, perfectamente laqueadas en un rojo oscuro que parecía sangre—, necesito de los servicios de un hombre como usted.

—¿Sí? Me siento muy honrado con que usted haya venido a verme. Pero ¿qué clase de servicios?

Ella le miró a través de las largas pestañas entornadas, sonriendo maliciosamente.

—Oh, pues, naturalmente, los servicios de un capitán de barco. ¿Sabe?, soy propietaria de un magnífico yate, pero no poseo la patente suficiente para navegar perdiendo de vista la orilla. Y yo deseo viajar una buena temporada. Florida, Miami, los Cayos, quizá La Habana... Tengo entendido que usted es un hombre experto y competente.

—Muchas gracias por sus apreciaciones, señorita Hartig.

—Le pagaría un buen sueldo, por supuesto, que ambos podríamos convenir en este mismo momento, así como un plazo de tiempo mínimo para mandar mi yate.

Quentin se rascó la mejilla con el pulgar.

—El caso es —dijo, haciéndose el vacilante—, que... por ahora me es imposible. Con gusto aceptaría su proposición, señorita Hartig; estoy seguro de que me pagaría un buen sueldo; pero ahora, repito, me es absolutamente imposible. No sabe cuánto lamento defraudarla; sin embargo...

—El sueldo sería bueno, capitán —sonrió ella.

—Lo siento —dijo Quentin.

Dolores hizo un gesto de resignación. Aplastó su cigarrillo contra el cenicero y se puso en pie, estirándose la falda con ambas manos. Su busto se marcó rotundo, opulento, bajo la liviana tela que lo cubría.

Escorzó ligeramente el cuerpo para tomar el bolso. En esta postura, miró de soslayo al joven.

—¿Está seguro de que no puede complacerme, capitán? —dijo.

—Positivamente, señorita Hartig.

—El yate está inscrito a mi nombre en la Autoridad del Puerto. Se llama «Flyng Saucer^[1]».

—Supongo que su velocidad responderá al nombre —rió él—. Pero no, no puedo.

—En fin —suspiró ella—. Lástima. Quizá otra vez pueda ser. —Le tendió una mano cálida, llena de vida—. Me alegro de haberle conocido.

Quentin retuvo unos instantes la mano de Dolores entre la suya.

—¿Puedo hacerle una pregunta, señorita Hartig?

—Por supuesto, capitán.

—¿Quién le recomendó que viniese a mí?

—Fui a la Autoridad del Puerto, buscando un capitán para el «Flyng Saucer». Allí me dijeron que usted era el hombre indicado.

—En otro momento, quizá. He tenido un verdadero placer en saludarla, señorita Hartig.

—Digo lo mismo. Adiós, capitán.

Quentin mantuvo la sonrisa hasta verla desaparecer. Después, cerrando la puerta con llave, corrió hacia la consola, de la cual extrajo unos potentes prismáticos.

Se apostó junto a las cortinillas de la ventana. Un minuto más tarde, vio pasar a Dolores por la acera, cruzando la calle en dirección a la esquina opuesta.

Allí había un enorme coche, y sentado ante el volante un individuo que fumaba pensativamente. Quentin lo reconoció al instante y sonrió al ver que sus suposiciones se confirmaban.

El conductor del coche era uno de los rufianes con los cuales se peleara dos días antes en «El Albatros de Oro». No se molestó en levantarse para abrir la puerca; Dolores lo hizo por sí misma, tras lo cual el coche arrancó suavemente, desapareciendo de la vista del joven en un segundo.

Quentin devolvió los gemelos a su sitio y apoyó ambas manos en la consola, quedándose unos momentos, muy pensativo.

No conocía a Dolores; en realidad, apenas si conocía a nadie en Clearwater, pues había salido muy joven de la ciudad y luego su existencia aventurera le había impedido hacer, largas estancias en la población, pero que Dolores tenía algo que ver con Saldino, esto era evidente.

Ahora, la pregunta a la cual había que responder era la siguiente: ¿Estaba Dolores cuando él llegó al apartamento de Redding, 9 ya se había ido? El perfume que utilizaba la joven era tan penetrante y persistente como singular, y aún se percibía en aquella misma habitación.

En el primero de los dos casos, quizá hubiese sido la propia Dolores la delatora de Redding. Se estremeció al pensar que un rostro tan hermoso podía albergar tales sentimientos.

Pero no se entretuvo en demasiadas consideraciones. Fue al teléfono y disco un número.

—Autoridad del Puerto —le contestaron.

—Habla el capitán Kirkland —dijo—. Necesito unos informes.

—Encantados de servirle, capitán. ¿De qué se trata?

—En primer lugar, ¿hay un yate de recreo que responda al nombre de «Flyng Saucer»? Si es así, ¿querrá decirme el nombre de su actual propietario?

—Con sumo gusto, capitán. No cuelgue; voy a consultar los registros.

La respuesta se demoró treinta segundos.

—El «Flyng Saucer» está amarrado en el muelle deportivo número tres, capitán. Como propietario figura la señorita Dolores Hartig.

—Gracias, amigo. Otra pregunta.

—Usted nos manda, capitán.

—¿Qué sabe del «Aloha Nui»?

—Está en Barranquilla cargando café, piña y bananas, capitán. Amarrará en el muelle número cuatro dentro de diez días.

—Gracias. Muy amable.

—Estamos aquí para servirle, capitán.

Colgó el teléfono, muy pensativo. ¿Qué diablos hacía el «Aloha Nui» en un puerto tropical como el de Barranquilla?

Luego pensó en Dolores y en Saldino. Muy astuto el pandillero. Ofrecerle el mando de un yate para quitárselo de encima una buena temporada, en tanto reorganizaba sus Huestes, un poco deterioradas tras las muertes de Wharton y Redding. Y había tomado sus precauciones, sabiendo que él confirmaría en las oficinas de la Autoridad del Puerto las manifestaciones de Dolores. Astuto como un zorro, pero tan despiadado como un tigre de Bengala.

Sí, Saldino tenía que hacer algo para continuar recibiendo periódicamente, y sin peligro alguno, el paquete que venía de Barranquilla. Le había sido preciso liquidar a sus dos enlaces, y mientras él estuviese ausente, se procuraría otros dos. Pero con él en la ciudad, no podría hacer nada..., a menos que lo matase también. Y si hacía esto, lo haría fingiendo un accidente, como la arremetida del coche del día anterior. Morir asesinados dos hermanos Kirkland era, demasiado aun para un hombre que tenía los mismos escrúpulos que una barracuda.

Sacudió la cabeza. Bien estaban aquellas consideraciones. Eran lógicas y congruentes..., pero él necesitaba algo más. Acción, acción para descubrir el motivo real que había causado la muerte de su hermano.

Salió a la calle, un poco sin rumbo fijo, asfixiándose bajo el calor que reinaba. Caminó durante media docena de travesías, hasta que un bar, con el señuelo de la cerveza fresca, le salió al paso.

Se sentó en el taburete, paladeando el fresco líquido. Las aspas de un ventilador atenuaban un poco la ardiente temperatura que allí reinaba.

Una voz le sacó de pronto de su abstracción.

—¿Meditando, capitán?

Se volvió. Era Axelia.

—Un poco —sonrió—. ¿Quiere beber algo?

—Lo mismo que usted —dijo la muchacha, encaramándose en el taburete.

—¿Soy demasiado presumido al preguntarle si andaba en busca mía?

—Pues, sí, lo es, aunque sólo en parte. No le buscaba, pero hubiera pasado de largo si no le hubiese visto. Salí de compras y... ¡Qué buena está la cerveza!

—Estupenda. A mí me gusta mucho.

—Y a mí también. Aunque... —añadió ella, sonriendo al mismo tiempo que se miraba de arriba abajo—, tengo que prevenirme contra ella. Engorda, ¿sabe?

—Ah, ya... —contestó él, admirándola una vez más—. Me dejó plantado ayer,

junto al fiambre de Wharton.

El rostro de Axelia se demudó:

—No me lo recuerde, por favor —musitó.

—¿Sabe la policía si usted estuvo allí?

—No lo creo. Ya me habrían buscado. ¿Y respecto a usted?

—Tampoco.

—¿Sacó algo en limpio?

Quentin hizo un gesto vago que podía significar mucho o nada.

—Muy explícito y comprensivo —ironizó ella.

—Si usted fuese explícita conmigo, yo también lo sería con usted, señorita Torgren.

La expresión del rostro de la muchacha se endureció ligeramente.

—¿Por qué dice eso, capitán?

—Usted me dijo ayer que me había metido en una empresa de molinos de viento. ¿Qué es lo que sabe, en realidad, del asunto?

Ella no contestó. Quentin insistió:

—¿Por qué iba a ver a Wharton? ¿Qué tenía usted que hacer en un lugar tan infecto?

—No tengo nada que decirle —repuso Axelia, tomando el bolso que había depositado sobre el mostrador.

La mano de Quentin fue más rápida y atrapó la muñeca de Axelia, deteniéndola a tiempo.

—No tan deprisa, guapa —dijo, con tono seco y duro—. Usted sabe algo acerca de la muerte de mi hermano, y no estoy dispuesto a dejarla ir tan fácilmente.

—Suélteme. Suélteme, o llamaré a la policía.

—Hágalo —rió Quentin—. Veremos lo que dice Porter cuando la interroge respecto a sus conocimientos sobre la muerte del sargento detective Sherman Kirkland. Ande, vaya y llame a la, policía.

—Lo haré. Y el teniente Porter no me preguntará nada.

—Entiendo... —dijo el joven—. Está papá Harold Torgren, ¿verdad? El rico y poderoso naviero, el financiero opulento, el acreditado hombre de negocios y... ¿Cuántas cosas más, señorita Torgren?

Los ojos de Axelia llamearon.

—Suélteme, capitán —dijo en tono bajo y penetrante.

Quentin retiró su mano.

—Claro, hermosa —rió—. El dinero lo puede todo. Incluso mezclar la sangre con la tierra para hacer barro, que luego se echa encima del cuerpo de un hombre bueno y honrado para tapar un asesinato. Bien, señorita Torgren. Váyase con su precioso papá y sus dorados millones.

Ella se puso en pie, alisándose la falda con gesto nervioso.

—¿No tiene más que decirme, capitán?

—Sí —repuso el joven—. Sí. Dígale a su papá, si es que ha salido de él toda esa confabulación...

—Mi padre no tiene nada que ver con la muerte de su hermano —exclamó ella apasionadamente—. Es el hombre más bueno y honrado que hay bajo la capa del cielo.

Quentin rió descaradamente.

—Sólo una hija hablaría así de su propio padre. —Bueno, pues entonces, dígaselo al hombre que pagó la muerte de Sherman. Dígale que tendrá mucho dinero, pero que no será lo suficientemente rico como para evitar su muerte en la silla eléctrica. Y yo me encargaré de que vaya a ese lugar tan desagradable, ¿me ha oído, señorita Torgren?

Axelia no contestó. Dando media vuelta, echó a andar y salió del bar.

CAPÍTULO V

Volvía Quentin a su casa, profundamente pensativo y sintiéndose fracasado, al menos por el momento, cuando de pronto oyó que pronunciaban su nombre.

Se volvió, metiendo la mano bajo la chaqueta, a guisa de precaución.

—¡Cómo! ¿Ya no conoce a los viejos amigos, capitán?

Le miró con atención. La calle estaba mal iluminada y el rostro del individuo, a contraluz de un amarillento farol, no se divisaba muy claramente.

—Soy Richard Vinthrop, capitán. Recuerde, el barco «Scorpio». Manila, Hong-Kong, Yokohama...

—Claro —rió el joven—. Dispénsame, Vinthrop, estaba pensando en otras cosas...

—En el tipo que liquidó a su hermano.

La mano de Quentin se disparó, atenazando el brazo del individuo.

—¿Qué diablos sabes tú del asunto, Vinthrop?

El aludido echó una recelosa mirada en torno suyo.

—Aquí no, capitán. Vayamos al «Carnes». El dueño es íntimo mío, y nos dejará un reservado para que podamos hablar.

—Conforme. Andando, Vin.

El tiempo que tardaron en llegar hasta el «Carries» se le hizo interminablemente largo. Al fin, entraron en el local, que era otro infecto tugurio por el estilo de «El Albatros de Oro», y mientras Vinthrop hablaba con el dueño, el joven aguardó junto al mostrador.

—Venga conmigo, capitán —dijo Vinthrop. Ya tenía en la mano una botella y dos vasos.

Cuando los dos hombres desaparecieron por la puerta del reservado, un individuo de aspecto conejil se levantó de la mesa en donde había estado dormitando aparentemente. Echó un par de monedas sobre la sucia madera, llena de rodadas de vasos y botellas, y se marchó, vacilante.

Nadie se dio cuenta de que su paso se tornaba firme y rápido apenas hubo perdido de vista la muestra del «Carries». Dobló la esquina y se precipitó en la primera taberna que halló al paso en busca de un teléfono.

Mientras tanto, Vinthrop había servido licor en los dos vasos. Levantó el suyo hasta la altura de los ojos y, tras un lacónico brindis, se embauló el contenido de un solo trago.

Chasqueó la lengua apreciativamente, y luego se sirvió otro vaso.

—Bueno, capitán, al grano, ¿no es así?

—Estoy esperando que hables, Vin —contestó el joven, cuyo vaso de *whisky* permanecía intacto.

—Capitán, yo le aprecio a usted mucho. Usted fue siempre un buen patrón. Duro y enérgico, pero considerado siempre con sus tripulantes. Así me gustan a mí los hombres. Lamenté mucho la muerte de su hermano; sé lo mucho que Sherman y usted se querían.

—Él me costó la carrera de su bolsillo —dijo el joven, ceñudo—. Todo lo que soy, a él se lo debo.

—Lo sé. Por eso encuentro lógico que usted trate de vengar su muerte. Yo no puedo hacer gran cosa por ayudarle; la verdad es que no sé mucho. Sin embargo, sé lo bastante para decirle algunas cosas que usted ignora.

—¿Por ejemplo?

—Fue una lástima dejar el «Scorpio», capitán. Me metí en una serie de líos que... Pero, bueno, esto me ha permitido enterarme de una colección de cosas.

—¿Sabes por qué mataron a Sherman?

—Eso no, capitán. Fuera, naturalmente, de que se metió con Saldino. Pero no sé qué diablos buscaba.

—¿Entonces...?

—Le diré algo importante y que puede ayudarle mucho. Conozco a los asesinos de Wharton y de Redding. Los dos hombres murieron acribillados por la misma mano. Por las mismas manos, está mejor dicho.

—Eso quiere decir que hubo más de un asesino.

—¡Ajá! ¿Ha oído usted hablar alguna vez de los hermanos Torrance?

El joven denegó con la cabeza.

—En su género —dijo Vinthrop—, son un par de ases. Son dos hermanos. Altos, parecen una imagen duplicada de la Muerte. No ríen jamás, o cuando menos, el que los ha visto reír no lo ha podido contar. Trabajan por su cuenta, en acciones aisladas, sin comprometerse nunca con un mismo jefe durante una larga temporada. Tres, cuatro semanas cuando más, después de lo cual desaparecen, dejando tras sí una estela de crímenes. Cobran caro, pero lo hacen a conciencia.

Quentin se estremeció ante la vivida pintura que el exmarinero le hacía de las actividades de los hermanos Torrance.

Sintióse de pronto con las fauces resacas y despachó su vaso de licor de un solo trago.

—Continúa, Vin —dijo con voz ronca.

—Ahora están aquí... —murmuró el individuo—. Guárdese de ellos, capitán. Para ellos, los hombres son moscas. Los matan con la misma indiferencia con que mi mujer mata los insectos con su paleta. Bueno, igual no; porque mi mujer jura como un camionero cada vez que atrapa una.

—Interesante pareja de sujetos —dijo Quentin—. ¿Y qué hace la policía, que no les echa el guante?

Vinthrop se echó a reír.

—Es fácil decirlo, pero no tanto hacerlo. Nunca dejan el menor rastro tras ellos.

Se les suponen muchas muertes, pero jamás se les ha podido probar ninguna de ellas. Lo dicho, capitán; caros, pero eficientes.

—No creo que les interese liquidarme a mí —murmuró el joven.

—Quizá no o quizá sí. Todo depende del humor de Saldino. En todo caso, yo le recomendaría que fuese con mucho cuidado, capitán. Le aprecio de veras y...

—¿No puedes decirme más, Vin?

El exmarinero abrió las manos.

—Lo siento, capitán. Eso es todo lo que sé, y constele que de no haberse tratado de usted no habría dicho nada. En esta clase de asuntos, lo mejor es ser sordo, mudo y ciego.

Quentin asintió.

—Gracias por tus informes, Vin. Así estaré prevenido contra esos Torrance.

Metió la mano al bolsillo y sacó unos cuantos billetes.

Vinthrop se ofendió.

—¿Qué es lo que va usted a hacer, capitán? ¿Acaso piensa que yo cobro por anudar a los amigos? Guárdese el dinero; yo no lo necesito. Al menos —se corrigió —, el suyo.

Quentin sonrió.

—Gracias, Vin. Tendré en cuenta tus palabras. Cuando vuelva a mandar un barco, te buscaré para enrolarte conmigo.

—No crea, que echo de menos aquella vida. Sin líos, sin complicaciones... Quizá tome en consideración sus palabras, capitán.

El joven se puso en pie. Vinthrop quedó sentado.

—Yo me quedo aquí, capitán. Esperaré un rato y... No se olvide. Altos, esqueléticos y visten de oscuro. En último caso, si los ve, dispare primero y pregunte después. ¡Qué tipos! Con ellos hay que andar como en tiempos del lejano Oeste.

—Gracias otra vez, Vin. Pagaré tu botella en el mostrador.

El exmarinero agitó la mano.

—Eso sí que se lo acepto, capitán. Adiós y suerte.

—Adiós.

Arrojó luego un billete sobre el mostrador y salió a la calle.

Media hora más tarde, abrió la puerta de su apartamento. Tanteó la pared para buscar el conmutador, y la luz se encendió con un horrísono trueno.

Demasiado tarde se dio cuenta de que no se había encendido ninguna luz, ni tampoco había estallado ningún trueno, sino que todo aquello eran impresiones subjetivas recibidas en el interior de su cráneo. Pero entonces ya tenía el rostro apoyado contra las frescas baldosas del suelo.

* * *

Richard Vinthrop llegó a su casa tarareando una alegre cancioncilla. El licor le

había puesto de un humor excelente.

—Buen muchacho, el capitán Kirkland... Pocos como él —se decía una y otra vez, en tanto subía los gastados peldaños de la vieja escalera.

Torció el gesto al oír la radio a toda potencia.

—Esa Mary... —rezongó, en tanto abría la puerta.

Su esposa estaba sentada en el lado opuesto, frente a la entrada. El receptor de radio estaba al lado, sonando estruendosamente, más aún en el interior de la estancia.

—No sé cómo te las arreglas para estar aquí, con la radio a pleno volumen y las ventanas cerradas. ¿Es que te has creído que estás en el Polo?

Su esposa no le contestó. Le miraba muy fijamente, con las manos sobre el halda y la paleta matamoscas entre ellas.

—Mary, contéstame.

Entonces se dio cuenta de la extraña inmovilidad de su esposa.

Cruzó la estancia, rápidamente, con la mente despejada en un santiamén de los vapores alcohólicos.

Sus desorbitados ojos descubrieron los seis sangrientos orificios que su esposa tenía en el pecho y vientre.

—¡Mary! —gritó, espeluznado.

Al instante comprendió quiénes habían sido los autores de la muerte de su esposa. Un sentimiento de insuperable horror le llenó el espíritu.

—Han sido los Torrance —dijo, retrocediendo espantado.

—Justamente —exclamó una voz tras él.

Se volvió, con el rostro blanco como el yeso. Los dos hermanos estaban frente a él y empuñaban sendos revólveres.

Los cañones chispearon súbitamente. La radio apagaba el estruendo de las detonaciones.

Primero cayó de rodillas.

Miró a sus asesinos con gesto implorante, pidiéndoles gracia sin hablar. Pero los Torrance no eran tipos que ofrecieran perdón cuando se les pagaba, precisamente, por matar.

Como de costumbre, cada uno de ellos disparó tres balas. Lo hicieron fríamente, a menos de dos metros de distancia, sin inmutarse en lo más mínimo.

Al terminar, Ernest dijo:

—¿Apago la radio?

—No. Déjala encendida un rato. Así creerán que todavía viven.

—Conforme.

* * *

Quentin se despertó con un horrible dolor en la nuca, más acentuado puesto que era la segunda vez en pocos días que le golpeaban en el mismo sitio.

Permaneció inmóvil largo rato, echado en el mismo lugar, hasta que las fuerzas le volvieron poco a poco, en tanto el dolor cedía. Un sordo rumor llenaba su cráneo.

En los primeros momentos, creyó que era fruto de los golpes recibidos. Pero no tardó en identificar aquel suave tran-tran que resonaba con ritmo igual e incesante.

Entonces identificó plenamente el lugar en qué se hallaba. Saltó con brusquedad del lecho en que yacía.

En el primer momento, las piernas se negaron a sostenerle, y estuvo a punto de caer al suelo. Luego, respirando con fuerza, se recuperó y consiguió mantener el equilibrio.

Una tenue luz penetraba por una ventana circular situada en la pared opuesta. Quentin caminó hacia ella, abriéndola con algún esfuerzo.

El salino olor del aire de mar llenó al instante sus pulmones. Bajo él sintió deslizarse suavemente el agua, siseando al rozar los férreos costados del barco. A lo lejos, ya en el horizonte, divisó unos puntitos luminosos, seguramente las últimas luces de Clearwater.

Sus manos se crisparon sobre el borde del ojo de buey. En un segundo comprendió la trampa de que había sido objeto.

La lucerna era demasiado estrecha para permitir el paso de sus hombros. Por eso, los forajidos que le secuestraron no se habían molestado en asegurarla.

La cerró de golpe. Buscó en sus bolsillos, encontrando un cartón de fósforos. Encendió uno.

Movió el interruptor de la luz, apagando luego la cerilla.

Miró en torno suyo. Estaba en una cámara de pasajeros, cuyo aspecto decía sobradamente que el barco que le transportaba era algún cargo mixto, un «tramp» seguramente, que hacía viajes volanderos según los fletes que encontraba en sus puertos de atraque.

Ni siquiera se molestó en mover el pomo de la puerta. Estaba seguro de que por fuera estaba cerrada con llave.

Prendió fuego a un cigarrillo. En medio de todo, aquellos tipos habían sido considerados; sus pertenencias, excepto, naturalmente, la pistola, estaban intactas.

A punto de terminar el cigarrillo, y tras pensar numerosos planes de evasión, sin que ninguno de ellos le pareciese hacedero, sintió que una llave giraba en la cerradura.

Dos hombres penetraron por la puerta. Uno de ellos sostenía un revólver de amenazador aspecto en la mano. El otro vestía chaqueta azul, con botones dorados y gorra galoneada. En sus bocamangas se veían los cuatro galones de oro, que indicaban su categoría de capitán de la Marina Mercante.

—Hola, capitán Kirkland —dijo el del barco, sonriendo burlescamente—. ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien —dijo el joven—, puesto que me hallo aquí en contra de mi voluntad. ¿Es usted el patrón de ese casajo?

—El mismo, Kirkland. Mi nombre es Sriabin, por si le interesa saberlo, y el de mi nave es «Río Negro». Este que tiene el revólver se llama Hoose.

—Celebro conocer sus nombres, capitán Sriabin...

Quizá algún día tenga precisión de acordarme de ellos. ¿Puedo, como cortesía de colega, preguntarle el rumbo?

—Por supuesto, capitán Kirkland. Vamos a Hong-Kong, tras cruzar el canal de Panamá. Allí le desembarcaremos.

—Contra mi voluntad.

—Justamente.

—¿No han pensado que yo puedo oponerme a tales proyectos, capitán Sriabin?

El aludido movió la cabeza en dirección a donde se encontraba el marinero.

—Está el amigo Hoose para impedirselo.

—¿Ya saben que se están haciendo culpables de un delito de secuestro con violencia, el cual entraña la pena de muerte?

Sriabin se encogió de hombros.

—¿Y quién va a saberlo, capitán Kirkland? Usted habrá desaparecido de Clearwater y nadie le echará de menos.

—¿No les vieron llevarme a bordo?

—Hay tantos marineros que regresan borrachos al barco, que uno más no llamó la atención de las autoridades del puerto. Hay que ver cómo olía usted a *whisky*, capitán —rió Sriabin.

Quentin bajó la cabeza, olfateando ruidosamente.

—Podían haber empleado un licor de mejor calidad. ¿Es que no les pagó Saldino lo suficiente para una botella de «Black & White»?

—Los marineros vulgares no beben esa marca —dijo Sriabin—. Bueno, capitán Kirkland, créame que lo siento, pero el importe de su pasaje hasta Hong-Kong era lo suficientemente alto como para disipar mis pocos escrúpulos. Dentro de unos momentos le traerán algo de comer, si es que lo desea. Entretanto, permanecerá en la cámara hasta mañana; la costa está aún demasiado cerca, no sé si usted me entiende.

Quentin asintió.

—Perfectamente, capitán —dijo. ¡Ir hasta Hong-Kong! En el mejor de los casos, representaban dos meses antes de que pudiera regresar de nuevo a Clearwater, y para entonces...

Se puso un cigarrillo en la boca, palpándose luego los bolsillos en busca de fósforos.

—¡Oh! —dijo, retrocediendo un par de pasos—. Se me debieron caer por la cama —y empezó a revolver las ropas.

De pronto, sus manos asieron la colchoneta, levantándola en el aire.

—¡Cuidado, Hoose! —gritó Sriabin.

Era ya demasiado tarde. La colchoneta volaba por los aires y tropezó con los dos hombres, derribándoles al suelo.

Quentin se lanzó hacia adelante. Sriabin y Hoose rugían en tanto trataban de liberarse del obstáculo que suponía para ellos la colchoneta sobre sus cuerpos.

—Mátale, Hoose —aulló Sriabin sofocadamente, debajo de unos cuantos quilos de lana y tela.

La mano del marinero surgió, armada con el revólver. Su rostro estaba oculto a medias bajo la colchoneta.

El pie derecho del joven se disparó. Los huesos de la muñeca de Hoose crujieron de modo horrendo y el revólver salió despedido contra un mamparo. El marinero empezó a aullar como un poseído.

Los dos cuerpos le estorbaban la salida. Sin preocuparse mucho del posible daño que podía, causarles, Quentin pisó por encima de ellos, lanzándose hacia la puerta.

Corrió por un pasillo, perseguido por las voces de cólera del capitán Sriabin. Alcanzó una escalera y trepó por los peldaños de cuatro en cuatro.

Estaba a punto de llegar arriba cuando un hombre le salió al paso, enarbolando una gruesa cabilla. Tras él, se oían los juramentos del capitán Sriabin quien, habiéndose incorporado, corría en su persecución.

—¡Quieto o le abro la cabeza! —aulló el marinero.

Pero Quentin no estaba dispuesto a detenerse por amenaza más o menos. Faltando seis escalones para llegar a la cubierta, tomó impulso y, disparando sus piernas como ballestas, se arrojó contra el individuo.

Su cabeza golpeó en el bajo vientre, derribándole de espaldas. Los dos hombres cayeron al suelo, revueltos en confuso montón.

Quentin fue el primero en incorporarse a medias. Todavía de rodillas, movió su mano en semicírculo, aplicando el filo de la misma con todas sus fuerzas contra la oreja del marinero. Éste se estremeció y quedó inmóvil.

A continuación se puso en pie. Puesto que no tenía otra arma, cogió la cabilla que el otro había soltado. Entonces oyó gritar de nuevo al capitán Sriabin.

Quentin no perdió tiempo en disquisiciones. Lanzó la cabilla con todas sus fuerzas, haciendo blanco en el pecho del capitán, derribándolo de espaldas.

Otro marinero le salió al encuentro. Esquivó con el brazo izquierdo el golpe que le lanzaban y luego disparó su puño derecho, con devastadores efectos. El marinero se desplomó como una masa inerte.

El joven ya no se entretuvo más. A lo lejos apenas se veían ya las luces de Clearwater. Era su única oportunidad y él lo sabía. Corrió hacia la borda.

A dos metros de ella, dio un pequeño salto con los pies juntas, tras tomar impulso, y pasó limpiamente por encima de la barandilla.

Su cuerpo describió una perfecta parábola. Cayó al mar de cabeza, sumergiéndose profundamente.

Varios marineros corrieron hacia la borda. Entre ellos estaba Hoose, el cual seguía renegando y jurando a causa del dolor que le causaba su muñeca fracturada. Había recuperado el revólver y lo empuñaba con la mano izquierda.

Escrutó la negrura de las aguas. La noche era relativamente clara y permitía una fácil visión.

Unos momentos más tarde, divisó la cabeza del joven, luchando con la estela del barco. Levantó el arma.

Una mano le detuvo el gesto. Se volvió.

El capitán Sriabin sonreía siniestramente.

—Déjalo, Hoose. Los tiburones del Golfo darán buena cuenta de él. Haz que arrojen unos cuantos cubos de basura; así acudirán más pronto, ¿entiendes?

Hoose sonrió también de un modo que daba escalofríos.

—Comprendo, capitán. Ahora mismo voy a hacerlo.

CAPÍTULO VI

Lo primero que hizo Quentin, apenas se encontró en relativa seguridad, fue despojarse de la camisa, los pantalones y los zapatos y calcetines, con lo cual sus movimientos quedaron mucho más favorecidos.

Estaba seguro de que el «Río Negro» no viraría de bordo para buscarle. Al capitán Sriabin no le convenían demasiado los escándalos y ya había dado uno bueno.

Calculó que debía hallarse a unas diez o doce millas de la costa. Era un buen nadador, pero aun así la distancia resultaba excesiva. No obstante, haciendo de vez en cuando algún descanso, podría llegar... con permiso de los tiburones, harto abundantes en aquellas cálidas aguas del trópico.

Se estremeció al pensar en la posibilidad de que un escualo le atacase. Con un cuchillo en la mano y de día, no les hubiera temido, pero sin armas y en la obscuridad de la noche, la cosa cambiaba completamente.

Para evitar cualquier encuentro desagradable, nadó silenciosamente, como un pez, sin fatigarse, con rítmicas brazadas, lentas y espaciadas, pero sin cesar de impulsarse hacia adelante en todo momento.

Pasó un lapso de tiempo que no supo calcular. Los brazos y las piernas empezaban ya a pesarle, por lo que decidió hacer un alto en su labor. Se tendió de espaldas, extendiéndose completamente para aumentar su flotabilidad.

Un cuarto de hora más tarde, ya un tanto descansado, reanudó la marcha. Desde el nivel del agua no podía ver las luces de Clearwater, pero no habría sido buen marino si no hubiese sabido orientarse por las estrellas. En lo alto estaba la Polar, señalándole inmutable el rumbo.

Nadó durante largo rato. A última hora empezó a sentir zumbidos en las sienes y un progresivo abotargamiento en los miembros, que no podía aliviar los cada vez más frecuentes momentos de descanso que se tomaba. Empezó a temer por el éxito de su empresa y llegó a decirse si no hubiera sido, mejor intentar la huida al atravesar el canal de Panamá.

Por otra parte, la prolongada inmersión en el agua empezaba también a hacer sus efectos. El cuerpo se le iba enfriando paulatinamente y sus miembros carecían ya de la firmeza y agilidad de los primeros momentos.

Todavía no veía las luces de la ciudad. ¿O sí? ¿No era aquella chispa una lámpara encendida?

Pero entonces, ¿por qué se balanceaba? Esto no era lógico; en la ciudad, las luces permanecen estáticas, sin oscilaciones, pensó, en tanto encaminaba hacia allí sus brazadas.

De pronto se dio cuenta de un detalle. La luz era verde.

Un poco más adelante, vio otra roja. Entonces, aun con su embotado cerebro,

comprendió que eran las luces de posición de un barco.

Gritó, pero de sus fauces sólo salió un ronco sonido, inaudible a más de una docena de metros. Comprendiendo que no sería oído y, además, que actuando así no conseguiría otra cosa que consumir el escaso resuello que le quedaba, decidió callar.

Fue acercándose lentamente al barco. Pronto advirtió su negra masa, balanceándose con suavidad en las quietas aguas del Golfo. Trató de pensar qué podía hacer una nave allí, a no menos de seis millas de la ciudad.

Las últimas brazadas le costaron un enorme esfuerzo. Tenía los ojos irritados a causa de la sal que había penetrado en ellos. Los pulmones parecían ir a estallarle en cualquier momento y el corazón le latía ruidosamente dentro del pecho.

Tardó bastante en advertir que era un yate de recreo, inmóvil en el centro de la bahía, merced a un ancla flotante. Fue tocando la madera del casco, contorneándolo, hasta alcanzar los peldaños de una escala de gato, cuyo extremo final se mojaba en las leves olas que acariciaban el barco.

Una vez allí, permaneció largo rato, con los ojos cerrados, tratando de descansar y normalizar la respiración. Tan alterada estaba que no tenía fuerzas siquiera para llamar la atención a los ocupantes del yate.

Un cuarto de hora más tarde, decidió que ya había reunido fuerzas suficientes para subir a bordo. Empezó a izarse con gran lentitud, pero apenas había asomado la cabeza por encima del nivel de la tablazón de la cubierta, se detuvo como herido por el rayo.

Quizá una persona en condiciones normales no hubiese sido capaz de leer el rótulo de aquel salvavidas que pendía de la borda, pero él llevaba largas horas en la oscuridad y por otra parte, las letras negras destacaban poderosamente sobre la pintura blanca del arco de corcho.

«¡Flyng Saucer!».

De buena gana hubiera roto a reír, si no hubiera sido por la situación en que se encontraba. Había escapado de una mala para ir a meterse de cabeza en otra peor. Nada menos que el yate de Saldino, puesto que nunca había creído que, a pesar de los tecnicismos legales, fuese la Hartig su propietaria.

De todas formas, no podía ni, soñar en continuar su camino a nado. Desde el sitio en que se encontraba divisaba ya las luces de Clearwater y su experiencia náutica le decía que había un espacio de al menos seis o siete millas que no podía recorrer en forma alguna por sus propios medios.

Pensó durante unos momentos lo que debía hacer. Súbitamente, dos cosas le resolvieron el dilema.

Una de ellas fue la suave música que brotó de los rincones del barco. Había allí, indudablemente, alguien que estaba divirtiéndose. La otra fue el sonido de unos pasos que se acercaban lentamente a la porta de la borda.

Bajó la cabeza hasta quedar a un nivel inferior al de las tablas del piso. Aguardó.

Un hombre se acercó allí y miró durante un rato a lo lejos. Sus pies estaban a

escasos centímetros de la frente del joven.

Luego dio media vuelta y se dispuso a marcharse de allí. Entonces, Quentin decidió aprovechar la ocasión.

Sus fuerzas le habían vuelto en buena parte. Trepó ágil y rápidamente por la escala de gato, saltando a la cubierta. Sus pies desnudos no causaron el menor ruido.

El individuo se alejaba en dirección a la caseta del timón. Quentin le alcanzó, tocándole en el hombro.

El otro se volvió. Era esto lo que el joven había deseado. Su puño se disparó hacia adelante con terrorífica violencia.

Saltó, cogiendo en brazos el cuerpo del desprevenido tripulante, para evitar hiciera ruido al caer.

Lo depositó en el suelo cuidadosamente. Luego le quitó la camisa y los pantalones, que se puso de inmediato. No llevaba ningún arma encima.

Deslizándose como una sombra por la cubierta, subió a la caseta del timón. Allí encontró un pequeño rollo de cuerdas, regresando junto al caído, al que ató concienzudamente. Para amordazarle, rasgó la camiseta que le había dejado, procurando no asfixiarle.

Hecho esto, se tumbó en el suelo, tratando de atisbar por una de las portas de la cámara, situadas casi al nivel de la cubierta. Las cortinillas estaban echadas, más aun así había un ligero resquicio que le permitió ver parte de lo que sucedía en el interior.

La música había cesado, pero sólo en apariencia, porque pudo ver una pareja bailando. Esto significaba que las puertas habían sido cerradas herméticamente.

Vio la espalda de la mujer, pero no supo reconocerla. Un nuevo giro de la danza la apartó de su campo de visión. El rostro de Tino Saldino apareció claramente frente a sus ojos.

Una vena engrosó repentinamente en la frente del joven, cuyos puños se crisparon de cólera. Su mente funcionó activamente, tratando de hallar un medio para sorprender al forajido.

No había más que uno: el directo. Sorprenderlo antes de que pudiera advertir nada.

Se incorporó. El tripulante había recobrado ya el sentido y le miraba con ojos de poseso. Quentin le hizo una mueca, tras de lo cual se encaminó a la popa.

Para penetrar en la cámara era preciso descender una escalerilla de seis peldaños, protegida por un tambucho. Al fondo había una puerta.

La abrió cuidadosamente. En aquel momento, Saldino inclinaba su rostro sobre el de Axelia Torgren.

La muchacha rodeó con sus brazos el cuello del forajido, devolviéndole el beso. La sangre hirvió en las venas del joven al contemplar la escena.

Luego, Axelia se separó. Por contraste con su actitud anterior, su rostro aparecía serio.

—Tino —dijo ella—, necesito saber cuándo me vas a devolver el paquete de

cartas.

El gángster se echó, a reír.

—Cualquier rato de éstos, nena. ¿Qué prisa tienes?

—Puedes suponértelo. Quiero tenerlas en mis manos y comprobar que están todas antes de destruirlas.

Quentin oyó tintineo de cristal. Después vio a Saldino con dos vasos en la mano.

—Toma, querida, refréscate un poco.

—Quiero que me des una respuesta concreta, Tino.

—¿Y tú? Aún no me has contestado, Axelia.

Ella se mordió los labios.

—Las cartas contra... contra el anuncio del compromiso, Tino. En el momento en que las tengas en mi poder, te daré mi permiso para que lo anuncies a los chicos de la Prensa. ¿Cuándo piensas hacerlo?

El gángster bebió un trago largo antes de dar su respuesta.

—Antes de diez días, no, querida. Tengo entré manos un importante negocio y necesito ultimarlo para poder emprender nuestro viaje de novios con entera tranquilidad.

»¡El “Aloha Nui”!, pensó Quentin al instante. Dentro de diez días regresaría el barco de Barranquilla, trayendo otro paquete análogo a los que en otro tiempo habían pasado Wharton y Redding.

—Está bien —dijo ella—. Diez días. Pero ni uno más. Hoy es doce de mayo. El día veintidós quiero las cartas, al anochecer. Al día siguiente se anunciará el compromiso en la Prensa.

Saldino concluyó su vaso de licor. Lo depositó sobre el mostradorcito que había en un rincón de la lujosa cámara.

Avanzó hacia la muchacha, con los brazos extendidos.

—Justamente —murmuró con los ojos brillantes por el deseo—. Dentro de diez días...

Estrechó a la muchacha por el talle. Entonces fue cuando Quentin decidió intervenir.

Abrió la puerta de golpe y se plantó en el centro de la cámara.

—¿Molesto? —dijo.

Saldino y Axelia se volvieron al unísono, separándose en el acto, terriblemente sorprendidos.

Ella lanzó un grito y retrocedió unos cuantos pasos, tapándose la cara con ambas manos. En cuanto a Saldino, sus ojos arrojaban lumbre.

Quentin sonrió ampliamente, en tanto avanzaba hacia el centro del camarote. En un rincón de éste había un bar, con tres pequeños taburetes y sus paredes estaban ocupadas hasta la puerta por divanes que podían transformarse en literas cuando la ocasión lo requería. La mesa y las sillas eran retráctiles y se hallaban escondidas en el suelo, para facilitar más espacio.

El joven miró en torno suyo.

—Bonito cacharro —dijo—. Esto sólo pueden costeárselo los tipos que se hacen traer misteriosos paquetes en el «Aloha Nui», desde Barranquilla. ¿No es así, querido Saldino?

El pandillero había palidecido terriblemente al principio. Pero ahora ya se había recobrado y volvía a ser el individuo dominador y absorbente, al que no le importaba en absoluto la muerte de cuantos se oponían a sus planes.

—¿Qué diablos hace usted aquí, capitán Kirkland? —rugió.

—Ya puede Verlo, Saldino. Usted quiso proporcionarme un pasaje gratis hasta Hong-Kong, pero me pareció demasiado abusar de sus bondades. Tuve que luchar un poco con el capitán Sriabin y sus hombres; estaban muy empeñados en darme un trato de favor. Me avergonzó tener que hacerlo; se portaron tan bien conmigo... Pero a última hora logré convencerles y salté al agua. El resto... ya lo está viendo usted, Saldino.

—Si busca algo de mí...

—Simplemente que me lleve a Clearwater. Así podré continuar mis investigaciones, pese a Tonio, Luigi, Gino y los hermanos Torrance. Y cuando las haya concluido, usted se sentará en la silla eléctrica. Y el hombre que hay detrás de todo esto también, porque sé que usted no es más que un pelele que actúa según le tiran de los hilos.

Saldino palideció terriblemente, lo cual le dijo al joven que su tiro, un poco al azar, había impactado exactamente en el centro de la diana. Quentin rió.

Luego miró a la joven.

—Este hombre es el que va a ser su esposo, señorita Torgren. Un asesino notorio y un villano declarado. Un hombre que no vacila en ordeñar la muerte de otros, con tal de satisfacer sus innobles propósitos. Mi hermano Sherman, Pete Wharton, el hombre a quien usted fue a visitar subrepticamente, el corredor de bienes raíces Redding... y muchos más cuyos nombres ignoramos. Éste, es el hombre que le dará su apellido... a usted y a sus hijos.

—¡Cállese, capitán! —bramó Saldino.

Quentin abrió y cerró convulsivamente sus manos.

—Quisiera estrangularle aquí mismo, bastardo —dijo—. Pero no es ésa la clase de muerte que merece. Antes tiene que saber lo que es la larga espera en la celda humosa, oyendo el rechinar de los cerrojos y los pasos de los guardianes que van y vienen sin cesar, vigilándole constantemente. Oirá el tictac del reloj, girando sus agujas implacablemente y advirtiéndole que cada vez son más escasos los minutos que le quedan de vida. Todo esto es lo que yo quiero que experimente, Saldino; por ello no le mato aquí y en este mismo momento como a un perro.

El gángster empezó a recuperar la ecuanimidad perdida.

—Otros muchos lo dijeron antes que usted, capitán. Y ahora miran los cipreses... desde abajo.

—A usted también le llegará el turno, perro. Y yo me encargaré de ello.

—¿De veras? Tengo gente que me protege, capitán. No consentirán que se me toque un pelo de la ropa.

Al hablar, Saldino miró hacia Axelia, la cual permanecía quieta en un rincón, convertida en una estatua y con la cara cubierta de una capa gris ceniza. El único movimiento que delataba la vida que latía bajo su lindo cuerpo, era un leve temblor de su labio inferior.

—Ya lo ha oído, Saldino. Usted posee unas cartas que comprometen a la señorita Torgren y por medio de las cuales la está extorsionando. ¿Y a mí qué diablos me importan las cartas y la que las escribió? ¿Cree que eso ha de ser un obstáculo para el logro de mis planes?

—Eso —sonrió el gángster—, lo ha de decir ella. ¿No es cierto, Axelia? Ella asintió, moviendo pesadamente la cabeza.

—Parece que no lo dice de muy buena gana, Saldino —observó el joven. Saldino frunció el ceño.

—¡Contésteme, Axelia! —rugió.

—¿Qué quieres que te diga? —murmuró la muchacha—. Haré lo que tú quieras, Tino.

—¿Lo ve usted, capitán? —exclamó triunfalmente el pandillero.

Quentin meneó la cabeza.

—Ésa no es la respuesta de una mujer enamorada. En fin —se encogió de hombros—, allá ustedes dos. Ya he dicho que ese asunto me importa a mí un rábano. Con su pan se lo coman. Y ahora...

Avanzó hacia Saldino. Éste retrocedió.

—¿Qué piensa hacer, capitán?

—Adivínelo, chico —contestó Quentin, disparando su puño derecho.

Saldino retrocedió unos cuantos pasos, chocando contra el bar, que vaciló sobre su base con gran tintineo de vasos y botellas. Se limpió la sangre que le brotaba de los labios recién abiertos.

Quentin rió jubilosamente.

—¿Le molesta que le estropeen el físico, bastardo?

El forajido rugió. Cogió una botella y la rompió por la mitad contra el borde del mostrador. Enarbolándola por el gollete, se arrojó contra el joven.

Pero Quentin sabía muchos más trucos de lucha de los que se imaginaba el gángster. Algunos de ellos le habrían causado, incluso, enorme sorpresa.

Pudo haber concluido la lucha en un santiamén, pero prefirió castigarle. Era un pequeño anticipo que se cobraba a cuenta de la muerte de su hermano.

Cuando Saldino se tiró a fondo, empuñando la botella rota como si fuera un estoque, Quentin saltó a un lado. Dejó pasar el brazo y luego lo atrapó con sus fuertes manos.

Saldino lanzó un feroz aullido al sentirse cogido como en un cepo para osos. La

botella cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos.

Acto seguido, Quentin lo soltó. Su puño izquierdo salió proyectado contra el vientre del forajido.

Éste se dobló agónicamente sobre sí mismo. Su nariz chocó contra la rodilla del joven y empezó a manar una fuente de rojo líquido.

Saldino barbotó espantosas imprecaciones, mezcladas con sangre. Unos nudillos que parecían de acero le rajaron el pómulo izquierdo.

El gángster retrocedió, boqueando angustiosamente. Quentin repitió ahora el golpe con la otra mano. El ojo derecho de Saldino se cerró al instante.

Un nuevo puñetazo removió alguno de los dientes de Saldino. Por entre sus labios rotos salió un bramido de dolor.

En un súbito arranque de ira, se abalanzó sobre el joven. Para Quentin fue sumamente fácil bajar con su mano izquierda el brazo derecho de su oponente, al mismo tiempo que adelantaba el codo del otro lado. Los huecos de la nariz de Saldino crujieron lamentablemente.

Éste fue el golpe de gracia. Saldino lanzó un agónico quejido y luego, convertido en un harapo humano, se dejó caer al suelo.

Acto seguido, el joven fue hacia el bar, cuidando de no herirse los pies desnudos con los pedazos de Cristal que sembraban el suelo. Tomó una botella y bebió largamente, sin molestarse en utilizar un vaso.

Al terminar, se limpió los labios con el dorso de la mano. Miró hacia Axelia.

Cubierto el rostro de una roja capa de vergüenza, la muchacha se le acercó.

—Capitán, yo...

Sin mirarla, Quentin llenó un vaso de licor. Luego miró de soslayo a la joven.

—El otro día me hizo usted algo. Su mano me... acarició la cara. Eso no me importó; hasta me gustó, ¡qué diablos! Pero me habría gustado mucho más si le hubiese hecho a Saldino la misma faena.

—No puedo, no puedo —exclamó ella, retorciéndose las manos.

—Todo depende de cómo se mire, señorita Torgren. Voy a devolverle la bofetada. Pero simbólicamente, en cierto modo, porque nunca me ha gustado pegar a las mujeres.

Y le arrojó el licor a la cara.

Ella se estremeció un instante. Luego dejó caer las manos a los costados, quedando con los ojos cerrados, quieta, inmóvil, a excepción de la tensa agitación de su seno.

Bajando del taburete al cual se había encaramado.

Quentin tomó el inconsciente cuerpo de Saldino por los pies, arrastrándolo hasta la cubierta.

Lo ató con la cuerda que le había sobrado, colocándolo luego junto al cuerpo del otro forajido.

Hecho esto, se fue a proa y cortó el cabo del ancla flotante. Subió al cuarto de

derrota y puso los motores del yate en marcha.

Media hora más tarde avistaba la entrada del puerto. Redujo la marcha, dejándola en su mínima expresión.

Axelia había subido a cubierta al escuchar el descenso de ritmo de los motores. Le miró con ojos apagados, carentes de expresión.

—¡Ahí tiene usted a su futuro y precioso esposo! —rió el joven. Estaba en el borde de la caseta—. Y al lado está el mayordomo. Desátelos si quiere o échelos al mar. Yo me marchó. ¡Adiós!

Saltó al agua de cabeza, hendiendo la superficie líquida limpiamente. Luego, emergió y empezó a nadar con renovado vigor hacia los muelles próximos.

CAPÍTULO VII

Por los periódicos se enteró al día siguiente de la muerte de Richard Vinthrop y su esposa. Se estremeció.

Los seis balazos que presentaban cada uno de los dos cadáveres delataban tan claramente a los hermanos Torrance, como si hubiesen dejado en el lugar del suceso sus huellas dactilares. Pero, inmediatamente, una oleada de furia substituyó al primer y natural sentimiento de aprensión.

Vinthrop había sido un buen amigo suyo. Por lo menos, en el sentido de advertirle de la presencia de los Torrance en Clearwater. Y éstos no habían tardado mucho en eliminarle. El exmarinero le había llevado al «Carries» precisamente porque confiaba en no ser vistos allí. Y, sin embargo, lo habían sido.

Esto quería decir que Saldino tenía ojos por todas partes. Valía decir lo mismo que su brazo era muy largo. Alguien, sin duda un confidente de poca monta, de los que se gratifican con diez o veinte dólares, les había avistado al entrar en la taberna. E inmediatamente se había ido con el soplo al gángster. La hora de la muerte de los esposos Vinthrop así lo demostraba. Habían sido asesinados no más de dos horas después de haberse separado ambos.

Bien. Pero él guardaba aún en las mangas algunos naipes para jugarlos contra el pandillero. Uno de ellos podía arrojarlo sobre la mesa en el acto. O no conocía a las mujeres o si algún enemigo peligroso podía tener un hombre, era una mujer celosa.

Sonrió para sí, en tanto se ponía en pie. No llevaba pistola, pues los secuestradores se la habían arrebatado. De todas formas, ello no importaba mucho. Sus puños tenían dinamita y esto le bastaba, por el momento.

* * *

Dolores Hartig dormía plácidamente cuando una pesada mano le golpeó con fuerte chasquido en el final de la espalda. Volviéndose sobresaltada, se sentó en la cama, en tanto lanzaba un grito de susto.

Al instante se cubrió el seno con la ropa de la cama. A dos pasos de la misma, Quentin Kirkland la miraba con expresión sonriente.

—¡Usted! —exclamó enojada—. ¿Cómo ha hecho para entrar aquí?

Quentin se colocó un pitillo en la comisura de los labios.

—Buena chica —dijo, especulativamente—. Se ve que Saldino se muestra generoso.

—Salga de aquí, capitán —dijo ella, indignada—. No me obligue a...

—Lástima —suspiró el joven. Acercó la llamita del fósforo al cigarrillo—. Digo

que es una lástima, porque preveo que muy pronto se va a concluir la generosidad de Saldino.

—No le entiendo ni una sola palabra, capitán. ¿A qué se refiere?

—Vamos, vamos, preciosa; no se haga la desentendida. Demasiado lo sabe, conque... Vístase; la espero en la pieza inmediata. Usted y yo tenemos que hablar un ratito, ¿eh?

Los verdosos ojos de Dolores chispearon.

—Está bien, capitán. Supongo me dará cuenta cumplida de sus palabras, ¿no es así?

Quentin echó a andar hacia la puerta del dormitorio.

—No se moleste en arreglarse demasiado; está bonita de todas formas, Dolores.

Ella acudió cinco minutos después, envuelta en una bata de flotantes tules. El cabello, largo y abundante, le caía en negra catarata por los redondos hombros.

En el *living* había un pequeño bar. Quentin ya había preparado dos vasos y le entregó uno a la muchacha.

—Vamos, capitán, desembuche de una vez —dijo ella, mirándole fijamente.

—Será mejor que echemos las cartas sobre la mesa, Dolores —respondió Quentin.

—Conforme.

—Sé el papel que desempeña usted en la vida de Saldino. Lo hubiera pasado muy mal si llega a enterarse de que le traicionaba con Redding.

—No es preciso que lo sepa —contestó ella, impávida.

—¿Cómo supo él que Redding y yo habíamos estado hablando?

—Se lo dije yo. Por teléfono y disfrazando la voz, naturalmente.

—No le importó delatar al hombre que amaba, ¿verdad? —dijo él, asqueado de tanto cinismo.

—Era un cobarde —contestó Dolores, impasible—. Pero, sigamos. Usted habló antes algo acerca de la generosidad de Saldino.

—Todo llegará, hermana. Usted fue a contratarme como capitán del «Flyng Saucer». Se lo ordenó Saldino para tenerme alejado de Clearwater una larga temporada.

—Quizá. ¿Qué más?

—En vista de que el anzuelo que me tiró con usted como cebo, no me hizo picar, recurrió a otro método, que no es preciso explicar aquí, pero que tenía la misma finalidad. También falló.

Dolores sonrió suavemente.

—Voy viendo que Tino empieza a ablandarse. La buena vida, claro. Siga, capitán; esto se pone terriblemente interesante.

—No quiero revelarles los medios que he empleado para enterarme, pero sí puedo asegurarle que la fuente de oro que representa para usted el tal Saldino, se va a agotar muy pronto. Mucho antes de lo que usted piensa. Exactamente... dentro de diez días.

—¡Caramba, capitán! —dijo Dolores, fingiendo susto—. ¡Me está atemorizando! Quentin observó pensativo el licor que aún quedaba en su vaso. Lo despachó de un golpe.

—Si piensa que miento, vaya a verle y pregúnteselo. Aparte de que le encontrará con el pómulo rajado, los labios partidos y un ojo negro —de todo lo cual humildemente me confieso autor—, pregúntele si es cierto que dentro de diez días va a anunciar su compromiso matrimonial con la hermosa y acaudalada Axelia Torgren, la hija del opulento negociante Harold Torgren, dueño de las Empresas que llevan su nombre. Luego estudie detenidamente el efecto que sus preguntas causan en su adorado Tino. Me gustaría verlo por un agujerito, palabra.

A medida que Quentin iba hablando, el rostro de Dolores se transfiguraba. Se borró su sonrisa, siendo substituida por una expresión de inmensa furia.

—¡Mentira! —chilló, perdiendo la ecuanimidad—. ¡Eso que me ha contado es una sucia e inmundada mentira!

—Cuidado, guapa. No acostumbro a mentir en ciertas ocasiones y ésta es una de ellas. Vaya a ver a Saldino y que él se lo confirme.

—Quiere indisponerme con él, capitán. Pero no lo conseguirá —barbotó la hermosa morena, lívida de ira.

Quentin frunció el ceño.

—Le he dicho la verdad. Vaya a verle y contemple cómo le dejé el rostro. Pregúntele también por las cartas de la Torgren. A ver cómo se las apaña Saldino para salir de este atolladero, a poco hábil que sea su interrogatorio.

—Si supiera que es verdad...

El joven se encogió de hombros.

—Por mi gusto no hubiera venido a verla, Dolores. Las mujeres como usted me dan asco. Por fuera muy hermosas; por dentro están tan podridas como una manzana del Mar Muerto. Pero hay algo que quiero hacer por encima de todo, y es castigar al asesino de mi hermano, aunque sea... —La miró con infinito desprecio— utilizando ciertos medios que me repugnan.

Por unos instantes los dos jóvenes se miraron fijamente. Después ella se llevó las manos a la nuca, como si fuera a ahuecarse el cabello, haciendo resaltar la firme turgencia de su busto.

Respiró con fuerza.

—¿De veras que le inspiro repugnancia, capitán? —dijo, sonriendo perversamente.

Quentin no contestó. La boca se le había secado de pronto.

Dolores avanzó un par de pasos hacia él.

—Muchos hombres han dicho de mí todo lo contrario, Quentin —susurró. Le echó los brazos al cuello y le acercó sus labios, rojos, cálidos, palpitantes y llenos de vida—. ¿De verdad que no le gusto?

Por unos momentos, Quentin cedió. Pero luego se separó bruscamente,

recordando que la mujer a quien acababa de besar había sido la causante deliberada de la muerte de un hombre.

La empujó a un lado, asqueado súbitamente.

—Anda, vete a ver a Tino. Pregúntale si es verdad todo lo que te he dicho. Y si no se explica bien claro, dile que hablarás con la Torgren.

—Si es mentira, te sacaré los ojos, Quentin Kirkland —chilló la morena.

Quentin se encogió de hombros, encaminándose hacia la puerta.

—Haz lo que te de la gana. Ya te he dicho bastante.

Estaba a punto de salir cuando sonó la voz de Dolores.

—¡Espera!

Se volvió.

—¿Qué quieres?

—¿Cómo supiste que..., que la mujer que estaba en casa de Redding y yo éramos la misma? ¿No podía, acaso, haberse tratado de otra?

—Por el perfume que usas. ¡Apesta! —Y con tan concluyente palabra, Quentin abrió la puerta y salió.

Un segundo más tarde, un jarrón se estrellaba contra la puerta. Pero él ya estaba a salvo al otro lado.

No era una hora muy propicia para la clientela, por lo que la taberna estaba casi vacía. El dueño acudió al oír el sonido en la puerta.

Palideció al ver a Quentin. Éste fingió no haberse dado cuenta del detalle.

—Ho... la, capitán Kirkland. ¿Cómo está?

—Quizá no tan bien como usted, Burke —contestó el joven—. Mire a ver si encuentra una jarra limpia y llénemela de cerveza.

—Sí, capitán.

El joven probó la bebida.

—No está mal. Para lo que es esta taberna... ¿Ya se ha enterado de la muerte de Vintthrop?

—Sí, capitán. Fue... una verdadera lástima.

Quentin miró al fondo de los ojos del tabernero. Lo vio acobardado.

—Vintthrop vino aquí porque confió en usted, Burke.

No digo que sea usted mismo el que le haya traicionado, pero en cuanto nos fuimos al reservado, alguien avisó a Saldino de que Vin estaba conmigo. ¿Quién fue?

Burke se encogió de hombros.

—¿Quién sabe, capitán? Saldino tiene muchos informadores. Están en todas partes y...

—Pero usted conoce a muchos de ellos. Concretamente, al chivato bastardo que hace dos noches se fue con el soplo. Dígame, su nombre y dirección.

—Conmigo se equivoca, capitán. Yo no...

Quentin decidió que no merecía la pena perder tiempo con un interrogatorio especulativo que obligara a rendirse a su interlocutor. «Lo mejor es —se dijo—, pasar

a la acción». Y así lo hizo.

Alargó el brazo izquierdo, asiendo por la camisa al atribulado tabernero. Burke intentó desasirse, pero su fuerza física no podía compararse con la del joven.

—Vamos, dime cómo se llama ese piojoso. Pronto, no me hagas perder la paciencia, Burke; no dispongo de mucho tiempo.

—Le digo...

Burke exhaló un aullido de dolor. Quentin había tirado hacia sí, golpeándole el mentón contra la dura madera del mostrador.

—No vuelvo a repetírtelo más, Burke. La próxima vez que te lo diga y no me contestes, te trituraré el maxilar.

El tabernero acabó por ceder. Los ojos del joven brillaban con una dureza que no permitía el menor asomo de duda.

—Su... suélteme —jadeó, lívido, cubierto de sudor—. Se lo diré.

—Habla primero y te soltaré después.

—Sí... sí, claro. Es... «Ratón» Cowley. Vi... vive en Marquand, cuarenta y seis.

—De acuerdo. Gracias por tus informes, Burke. Pero —observó—, veo que sudas como un cerdo. Eso es debido a tus remordimientos. Si cuando viste que «Ratón» Cowley se iba de aquí para dar el soplo a Saldino, hubieses hablado, posiblemente Vin estaría aún vivo. Te voy a refrescar un poco; lo estás necesitando.

Y le echó el contenido de la jarra por el cogote. Después se la rompió en la cabeza.

Burke lanzó un aullido y se llevó ambas manos a la parte afectada.

Riendo mientras oía los chillidos del tabernero, Quentin abandonó el local.

* * *

«Ratón» Cowley tenía un físico que correspondía plenamente al apodo de que disfrutaba. Apenas vio a Quentin entrando en la puerta de su casa, le acometió un temblor convulsivo que sacudió todo su cuerpo de arriba abajo.

—Ya sabes a lo que vengo, ¿verdad? —sonrió duramente el joven—. Si yo fuese uno de vosotros, te estrangularía ahora mismo. Tu suerte es que soy demasiado decente.

—No..., no sé de qué me está hablando, capitán Kirkland —tartajeó el hombrecillo, lívido de espanto.

—No te hagas el ignorante, bacteria. Nos viste a Vinthrop y a mí encerramos en uno de los reservados del «Carries» e inmediatamente te fuiste con el soplo a Saldino.

—Capitán, por favor, yo no...

Quentin le soltó una bofetada, que le hizo volar hasta el lado opuesto de la habitación. El maleante cayó sobre la vieja cama que había en aquel rincón, haciéndola crujir por todos sus muelles.

Quiso huir, corriendo hacia la puerta. Pero Quentin le echó, la zancadilla,

derribándole al suelo con gran aparato.

Lo levantó en vilo con la mano izquierda y con la derecha le batió el rostro de palma y revés, hasta amaratárselo por completo.

Terminó con una seca advertencia:

—Y ahora, ve y dile a Saldino que puede enviarme cuando quiera a los Torrance —después de lo cual, conectó su puño con la mandíbula del maleante, enviándolo en el acto al país de los sueños.

Cerró la puerta y saltó. En un bar próximo se tomó una cerveza, diciéndose que, efectivamente, podía haberse movido mucho en los últimos días, pero que sus progresos no habían sido todo lo eficientes que él hubiera deseado.

Furioso consigo mismo y despechado en buena parte, emprendió el camino de regreso a su apartamento. Entre todo cuanto había hecho aquel día, éste casi se le había pasado por completo y ya empezaba a anochecer.

Cuando llegó el conserje salió a recibirle. Tenía un sobre en la mano.

—Para usted, capitán. Lo trajo un mensajero.

El sobre exhalaba una suave fragancia.

En los primeros momentos, Quentin pensó fuese una nota escrita por la Hartig, más pronto hubo de convencerse de que el perfume era distinto. Menos explosivo, más delicado, en suma.

Abrió la carta. Era de Axelia.

«Le he estado llamando por teléfono todo el día y no he podido obtener contestación. Si no sigue enfadado conmigo, me gustaría viniese a cenar, en mi compañía esta noche. En caso de que no acepte, le ruego me lo comunique por teléfono».

«A. T.».

Se abanicó pensativamente con la carta. Parecía sincera y su contenido le daba clara sensación de que la muchacha empezaba a arrepentirse.

«¡Qué demonios! —pensó—. Una invitación no compromete a nada y, quizá, así pueda sacar algo en limpio».

Subió a su apartamento y se duchó, cambiándose luego de ropa. El ambiente seguía pesado, sofocante.

Se puso un traje oscuro y, a falta de arma mejor, se echó al bolsillo una navaja con resorte. Bien manejada, podía constituir un elemento de defensa insuperable.

Cuando terminó, pasaban ya de las siete. Salió de casa y buscó un taxi que le llevó a la mansión de los Torgren.

Era una casa situada sobre una colina, cubierta de verdor. Especialmente en la parte más baja, los árboles constituían un verdadero bosque.

El coche le dejó ante el gran pórtico de la entrada. La casa era de un estilo

colonial, muy elegante y modernizado, que denotaba el buen gusto tanto de su propietario como del constructor.

Un imponente mayordomo acudió a recibirle.

—Soy el capitán Kirkland —se anunció, tras pagar el taxi.

—Le estábamos esperando, señor —dijo el mayordomo—. ¿Quiere seguirme?

Y le condujo por una serie de salones de dimensiones enormes, amueblados a tono con el tamaño del edificio. Abrió finalmente una puerta y, con voz campanuda, anunció:

—El capitán Kirkland.

El joven trató de admirar la colosal biblioteca, pero no tuvo mucho tiempo para hacerlo. Axelia salía ya a recibirle, con una encantadora sonrisa pintada en sus hermosos labios.

Estaba verdaderamente bella, con un traje de noche azul eléctrico, muy ceñido al cuerpo, que dejaba los redondos hombros al descubierto. Quentin sintió una onda cálida recorrerle sus venas al notar el contacto de la mano de la muchacha en la suya.

—Me alegro de verle, capitán —dijo Axelia—. Y mi padre, supongo, lo mismo. ¿Lo conoce usted?

Había un hombre en pie al lado de la chimenea, en la que un fulgor rojo simulaba las llamas. Era casi tan alto como él, y un magnífico ejemplar del sexo masculino, pese a haber doblado ya el cabo de medio siglo. «Un auténtico vikingo», pensó Quentin.

—Celebro infinito conocerle, capitán —dijo Harold Torgren, adelantándose. Su mano estrechó la de Quentin con fuerza—. Axelia me ha hablado mucho y bien de usted.

—Su hija es muy considerada conmigo. En lo que a mí concierne, me siento honrado en conocerle, señor.

Torgren le llevó hasta un rincón formado por dos divanes y una mesita en donde había servicio de licores. Axelia se sentó frente a ellos.

—Tomaremos una copa de jerez mientras nos avisan que la cena está lista, capitán.

Bebieron, charlando de cosas insustanciales. El mayordomo vino diez minutos más tarde y los tres pasaron al comedor, tan lujoso y opulento como el resto de la casa.

Al terminar la cena, regresaron a la biblioteca, donde el estirado mayordomo les sirvió el café, retirándose acto seguido.

Cuando al fin se hubieron quedado solos, Torgren dijo:

—Bien, capitán. Imagino que ha llegado ya el momento de hablar, ¿no le parece?

Quentin miró al financiero sin pestañear.

—He venido aquí precisamente para eso, señor.

—Celebro que usted lo piense así, capitán. Una de las cosas que quiero decirle se refiere a mi compañía naviera. Usted la conoce, ¿no es cierto?

—Sí, señor; aunque no he tenido el placer de navegar en ninguno de sus barcos.

—Yo le ofrezco el mando de uno de ellos. Precisamente el que lleva mi nombre, el «Harold Torgren».

CAPÍTULO VIII

Quentin miró pensativamente la brasa de su cigarrillo antes de dar una respuesta.

—«El Harold Torgren» es un barco magnífico, señor. Lo conozco aunque no haya navegado en él, como he dicho antes. Para mí sería poco menos que la culminación de mi carrera de marino..., pero por el momento me es imposible aceptar su oferta.

—Muchos capitanes se dejarían arrancar la dentadura en vivo con tal de mandar ese barco —dijo el naviero.

—Se lo agradezco infinito, señor. Repito que me es imposible.

Torgren sacudió la ceniza de su cigarrillo.

—Axelia me ha contado lo que pretende usted, capitán. Es un empeño magnífico, aunque dudo mucho de que llegue a conducirlo a buen puerto.

—Trataré de llevar la nave a rumbo, señor.

—No dudo de que esos sean sus propósitos, capitán. Son muy honestos y encomiables, pero... —El financiero meneó la cabeza—. En su lugar, yo lo olvidaría, capitán.

De no haberse hallado en el lugar en que estaba, Quentin hubiera saltado de su asiento. Así, pues, hubo de limitarse a dominar sus nervios y responder:

—Clearwater está en poder de una banda de granujas que recurren a todos los medios detestables y canallescios que puedan parecer, con el fin de lograr sus turbios propósitos. Puede que parezca un don Quijote luchando contra imaginarios gigantes; pero, en todo caso, sí puedo asegurar una cosa: o hago que se castigue la muerte de mi hermano, o me matan a mí también.

Hubo una pausa. Después, Torgren dijo:

—Axelia me ha enterado también de las cartas en poder de Saldino. Confío en ella y sé que no ha hecho nada que pueda reprochársele... excepto haber actuado un poco estúpidamente.

Quentin miró a la muchacha. Ésta se hallaba en uno de los divanes, con las piernas medio recogidas bajo el cuerpo. Le miraba fijamente, sin otro movimiento que el de la respiración.

—En tiempos se dejó llevar por una... digamos pasión. El hombre a quien escribió era casado. Ella lo ignoraba, por supuesto; de lo contrario, habría cortado por lo sano aquella relación. Lo malo es que hubo un intercambio de correspondencia, y así como al enterarse Axelia de la condición de casado de su oponente, destruyó las cartas recibidas, el otro no lo hizo, sino que, portándose canallescamente, las vendió a buen precio a ese granuja de Saldino. Las cartas, en el fondo, no dicen nada, pero pueden tener una torcida interpretación. Todo depende de la forma en que se las lea, ¿me comprende usted, capitán?

—Perfectamente, señor.

—Bien. Ahora Axelia me ha dicho lo que Saldino pretende de ella. Y he mencionado que mi hija no tiene secretos para mí. Otra cualquiera... hubiera pagado o me hubiese forzado a aceptar el compromiso. Ella no quiere casarse con un gángster notorio, en lo cual le alabo el gusto.

—Soy de la misma opinión, señor Torgren —manifestó el joven.

—Bien, entonces, no hay más que hablar. Puesto que no quiere aceptar el mando del «Harold Torgren», acepte al menos el trabajo que le voy a encomendar.

—¿Recuperar las cartas?

—Justamente. No me importa la clase de medios que emplee..., aunque sé que con ciertos canallas como Saldino lo mejor es usar la fuerza. Pero ese forajido está muy bien protegido. No obstante, hay otro medio ante el cual no podrá ofrecer resistencia. Éste...

El financiero extrajo de su bolsillo un papelito doblado en dos y se lo alargó al joven.

—Tome usted, capitán. Es un cheque en blanco. Verá que confío en usted, puesto que le autorizo a utilizar la cantidad que crea necesaria. Ni siquiera le pido recibo, como puede comprender.

Quentin parpadeó. Aquel cheque en la mano era una fortuna.

—Quizá el Banco, si la cantidad es un poco elevada, oponga alguna resistencia a pagarlo. Lo he previsto. Si le ofrecen dificultades, enseñe esta nota.

Torgren le entregó una tarjeta de visita, al dorso de la cual había garrapateadas unas líneas para el director del Banco. Quentin la guardó junto con el cheque en el bolsillo inferior de su chaqueta.

—En cierto modo —dijo—, esto me conducirá a hallar las pruebas necesarias para poder condenar a Saldino en virtud de lo mismo, señor Torgren.

—Gracias, capitán. Me da usted una verdadera alegría. Y que conste que, pese a todo, sigo manteniendo en pie mi oferta. El puente del «Harold Torgren» será suyo cuando haya terminado con este asunto.

Quentin se puso en pie.

—Le agradezco sinceramente todo cuanto ha hecho por mí, señor, y mucho más la confianza que me tiene.

Creo —dijo mirando de reojo a Axelia—, que es hora de retirarme.

La muchacha se puso en pie.

—Yo le acompañaré, capitán.

—Gracias —repuso Quentin, estrechando la mano del negociante.

Salieron de la biblioteca, atravesando el edificio. Cruzaron el umbral, deteniéndose en el pórtico.

—¿No tiene miedo de Saldino, capitán? —dijo.

Quentin se frotó la mandíbula.

—En todo caso —respondió—, debiera ser él quien lo tuviera de mí.

—Se nota que es marino —sonrió ella por primera vez en la velada—. Los

marinos suelen ser arrogantes fanfarrones y pendencieros. Les gusta el alcohol y tienen una novia en cada puerto. Usted también, ¿verdad, capitán?

—Claro —sonrió Quentin—. En mi libreta marítima tengo anotados los nombres de todas.

—Dígame los, por favor. Siento verdadera curiosidad.

Quentin empezó a enumerar con los dedos.

—Verá. En Nueva York está Lisa, una rubia que tira te espaldas. Annette está en San Francisco. Pelirroja, menudita, es un verdadero bombón. Marie en Le Havre. Ondulante, sinuosa y cariñosa como una verdadera francesa que es. En Barcelona, Juanita. Morena, ardiente y celosa, como buena española.

—¿Y en Clearwater? ¿Cómo se llama su novia?

Quentin apoyó la mano en la pared, inclinándose sobre la muchacha. Ella no desvió su mirada un milímetro.

—Me gustaría que se llamase Axelia, como tú.

El busto de la joven se agitó perceptiblemente.

—¿De verdad que no tiene otro nombre su novia de Clearwater?

—No —meneó la cabeza el joven—. Lo juro.

Ella sacó un brazo de la espalda y lo levantó. Deslizó la mano por la pared hasta hallar el interruptor.

Un segundo más tarde, las tinieblas caían sobre ellos Quentin sintió enroscarse en torno a su cuello unos brazos largos y flexibles, cálidos y fríos al mismo tiempo y luego un abrasador aliento que le quemaba en la boca.

Cuando se separaron, casi ahogándose, ella susurró:

—Si un día me entero de que tienes otra novia en puerto distinto, te sacaré los ojos, Quen.

—¿Tú también eres celosa?

—Creo..., creo que si me enamorase en serio de ti, lo sería.

—¿Es que no estás segura, Axelia?

—Es pronto todavía para formarme un juicio definitivo. De todas formas, si sigo viéndote muy a menudo, puede que acabe perdiendo la cabeza.

Quentin se inclinó sobre ella, besándola de nuevo.

—Me conformo con que la conserves en su sitio, cariño. Así estás mejor, ¿sabes?

Hubo un ligero intervalo de silencio. Luego ella, con voz algo ronca, dijo:

—Dame un cigarrillo, Quen.

—Con mucho gusto.

Prendió los dos cigarrillos con la misma cerilla. Al encender el de la muchacha, vio su rostro encarnado, arrebolado por la emoción del momento.

Fumaron en silencio el uno al lado del otro. Quentin creyó que ya era hora de despedirse.

—Antes tengo que decirte una cosa, querido —dijo Axelia.

—¿De qué se trata?

—Esta tarde me llamó una mujer. Dio su nombre. Una tal Dolores Hartig, quien además manifestó conocerte.

—Es cierto; no tengo por qué negarlo.

—¿Es hermosa?

—No tanto como tú. En su género, es una beldad, por supuesto.

—¿Cuál vale más de las dos, Quen?

—Para el hombre que ama, la mujer amada es siempre la que más vale, Axelia. Debieras saberlo, y si no lo sabes, apréndelo. Al menos, en lo que a mí respecta.

—Gracias, Quen. Eres maravilloso. Acabará como dije antes: perdiendo la cabeza.

Rieron. Luego, la muchacha continuó:

—Dolores me habló de las cartas. Manifestó que tú se lo habías dicho.

—Claro.

—¿Por qué? No me gusta que se rompa ese secreto y lo proclame todo el mundo a la luz del día. Ya te dijo mi padre que no tengo motivo alguno de vergüenza, y yo te lo repito; sin embargo...

—Querida. Dolores es la... digamos novia de Saldino. No hay cosa peor que una mujer celosa, y yo traté de ponerla en tal estado.

—No lo acabo de entender.

—Cuando uno no puede asaltar una fortaleza de frente, lo hace por los flancos, ¿no es así?

—Creo que ahora voy entendiéndote, Quen.

—Lo celebro. Y Dolores es uno de los flancos menos protegidos de Saldino. Si empieza a ponerse celosa, el despecho que adquiera puede jugar mucho en mi favor. ¿Comprendes ahora?

Los dientes de Axelia brillaron al sonreír, en la penumbra.

—Sí, querido.

Quentin tiró el cigarrillo, aplastándolo con el pie. Volvió a inclinarse sobre la muchacha.

—¿Te veré mañana? —preguntó ella, al separarse.

—No puedo asegurártelo. En todo caso, te llamaría por teléfono.

—Conforme. Adiós, cariño.

—Adiós.

Axelia dio la luz para que Quentin pudiera ver el camino. El joven bajó ágilmente las escaleras y unos metros más allá se volvió, agitando la mano en señal de saludo. Ella le contestó de la misma manera.

Quentin reanudó su marcha, sumiéndose a poco en la oscuridad del parque. Empezó a pensar en todo cuanto habían hablado en casa del financiero, pero, de repente, sus meditaciones fueron apartadas a un lado por algo previsto sólo en parte.

La oscuridad.

Estaba en el centro del camino cubierto de gravilla que conducía a la avenida que

bordeaba el parque, en un lugar totalmente sombreado por los gruesos árboles que crecían a ambos lados del sendero. Éste se destacaba ligeramente en gris contra las negras sombras que le rodeaban por todas partes.

Además, el sendero hacía una revuelta, lo cual le privaba por completo de la luz del pórtico de la casa. Las tinieblas eran espesas.

Sin saber exactamente las causas, Quentin se sintió invadido por una singular aprensión. Miró en torno suyo, tratando de taladrar la oscuridad con la vista. Su mano se metió en el bolsillo del pantalón, empuñando la navaja de resorte que llevaba.

Caminó unos cuantos pasos, pisando de puntillas sobre la grava, mirando de derecha a izquierda, presintiendo, sin ver, unos ojos que le espían en la noche.

Aun así, sus zapatos hacían crujir la gravilla del camino. Para evitar el menor ruido, se desvió hacia la derecha con el fin de pisar el césped.

En aquel momento fue cuando sintió a sus espaldas el leve jadeo de una respiración. Se volvió, saltando hacia atrás como un gato.

Levantó el brazo izquierdo, parando con él un golpe que le iba dirigido a la nuca. Algo duro y pesado cayó sobre el brazo, entumeciéndoselo.

Pero el derecho estaba libre y se movió rapidísimamente, haciendo culebrear la navaja, cuya afilada hoja saltó de un alvéolo con seco chasquido.

Movió el brazo de derecha a izquierda y hacia abajo. Alguien gimió de dolor, al mismo tiempo que él sentía un líquido caliente correrle por la mano.

Pasos rápidos sonaron a sus espaldas. Se volvió saltando ágilmente a un lado. El individuo enarbolaba un objeto contundente, posiblemente una matraca o el clásico calcetín lleno de arena.

Quentin saltó hacia él, arremetiendo con la cabeza gacha. La matraca le golpeó entre los omóplatos, causándole un vivísimo dolor. Pero las costillas del otro crujieron de modo espeluznante. El forajido se desplomó de espaldas.

La cosa no había terminado, sin embargo. Dos individuos más surgieron de entre las cómplices tinieblas, arrojándose encima. Quentin ya iba recobrando el dominio de su brazo.

La lucha se desarrollaba en absoluto silencio, sin otro ruido que las apagadas pisadas sobre el césped y el jadeo de las respiraciones. Un objeto muy duro chocó contra su estómago, vaciándole el aire de los pulmones.

Cayó de espaldas, sintiendo estallar delante de sus ojos una miríada de estrellas. Más por instinto que por otra cosa, levantó los pies en alto. Así detuvo el ataque de uno de los asaltantes, arrojándolo a lo lejos.

Quentin se puso en pie de un salto, justo cuando otro forajido se le echaba encima, atacándole por un costado. Giró hacia su izquierda, agachándose y adelantando al mismo tiempo el brazo derecho.

La hoja de la navaja se hundió en algo blando, con un horrible sonido de seda rasgada. El pandillero tosió agónicamente.

—¡Cristo! —exclamó—. ¡Me ha rajado las tripas!

Se retiró a un lado, agarrándose el vientre con ambas manos, encorvado sobre sí mismo. Dio unos cuantos pasos de costado y luego se desplomó, revolcándose convulsivamente por el césped.

Los ojos del joven ya se habían habituado a las tinieblas. Divisó, además del individuo a quien acababa de herir mortalmente, a otro caído en el suelo. Dos quedaban todavía, dispuestos a acabar con él.

Retrocedió adelantando el busto ligeramente, al mismo tiempo que separaba un tanto las piernas.

—Vamos —dijo—, vengan por mí. Eran cuatro; ya sólo quedan dos. ¿Todavía me tienen miedo?

Rió en tonos apenas audibles.

—Esta navajita corta magníficamente. ¿No quieren probar su filo?

Súbitamente, algo brilló en la mano de uno de los dos forajidos. El joven comprendió que se hallaba de inmediato ante la boca de una pistola.

Tensó todos los músculos, disponiéndose a saltar contra su contrincante. Pero antes de que pudiera hacerlo, sonó una voz.

—Quieto, tú. El jefe no quiere, ruido.

—¡Condenación! Ese bastardo me ha rajado la cara. Déjame que lo...

—He dicho que te estés quieto.

El pandillero guardó el arma.

—Pues entonces, que lo liquide él. Yo no me enfrento más con este demonio si no es con un cañón. Ahí te quedas.

Quentin respiró, pero sólo a medias. Quizá aquel corto diálogo había sido sencillamente una trampa. Continuó empuñando la navaja, alerta siempre frente a sus enemigos.

—Capitán —dijo entonces una voz.

—¿Sí? —contestó el joven cautelosamente.

—Hagamos un trato.

—¿Tratos con vosotros, canallas? Vamos, suéltalo.

—Hemos de llevarnos los cuerpos de esos dos. Déjenos hacerlo y, por nuestra parte, le prometemos no atacarle.

—¿Y cómo sé que puedo confiar en vuestra palabra? Podéis pegarme un tiro por la espalda. Si queréis demostrarme la rectitud de vuestras intenciones, arrojad las armas al suelo.

—Conforme.

Sonó un sordo choque al caer una pistola sobre el césped. Quentin se dijo que, habiéndole quitado a él la suya, no estaba de más hacerse con un arma de aquéllas para futuras contingencias. Aquel forzado armisticio, impuesto por las circunstancias, no podía durar mucho tiempo.

—Falta otra pistola —dijo.

—Tírala, Gino —dijo el pandillero.

Se oyó una maldición. Después, un negro objeto voló por los aires a los pies del joven.

Quentin cogió también aquella pistola. Agachándose, sin dejar de mirar a los forajidos, limpió la navaja en el césped, guardándola luego en el bolsillo.

—Os habrá enviado Saldino, supongo.

Sólo le contestó el silencio.

—Bien, ésa es una manera de responder como cualquier otra. Parece ser que a vuestro repelente jefe no le agradan mucho mis actividades. Sin embargo, a mí sí, y pienso continuar hasta el final. Cuando le veáis, decidle que mañana por la mañana pienso hacerle una visita. Nada más.

Encañonando a los gangsters con una de las pistolas, retrocedió lentamente hasta una distancia prudencial. Luego, diciéndose que el correr a veces, además de un sano ejercicio, constituye un medio como otro cualquiera de conservar la integridad del pellejo, dio media vuelta y empezó a mover las piernas con toda la rapidez posible.

No se detuvo sino hasta haberse alejado bastante de la casa, cuando estuvo seguro de que los pandilleros no podían causarle ya ningún daño. Entonces recobró su paso normal y caminó, en tanto procuraba normalizar su respiración.

Llegó a casa bastante tarde. Cerró la puerta cuidadosamente y bajó las persianas de las ventanas, tras de lo cual se examinó cuidadosamente las ropas, en las cuales descubrió algunas manchas de sangre. Se duchó, metiéndose acto seguido en la cama.

Saldino había lanzado contra él un nuevo ataque. Era evidente que su actuación le estaba molestando sobremanera.

El asalto de que había sido objeto denotaba claramente la típica forma de actuar de los gangsters. Les estaba estorbando, pero no se atrevían a actuar contra él de un modo demasiado abierto. Sabían que, pese a la corrupción que reinaba en la ciudad, había algunas autoridades que conservaban un resto de honestidad y no querían quitarle de en medio de una forma demasiado clara. La muerte del sargento de detectives Kirkland había causado un gran revuelo, y si a él se le encontraba también asesinado, el escándalo haría reventar el absceso que ahora se estaba conteniendo más o menos mediante remedios de emergencia. Interesaba más su desaparición que su muerte, aquélla por espacio de unas cuantas semanas. Después...

Todavía faltaban siete días para la arribada del «Aloha Nui». El joven consideraba que era aquí donde se hallaba gran parte de la solución del caso. Cuando hubiese visto lo que se transportaba fraudulentamente en el barco, entonces podría decir que tenía resuelta la mitad del caso. Y la otra mitad, se le daría mucho más fácilmente.

Pensando en esto, se quedó dormido.

A la mañana siguiente, se levantó. Después de desayunar salió a la calle y, media hora más tarde, estaba llamando a la puerta de la casa donde vivía Saldino.

CAPÍTULO IX

Le salió a recibir un tipo con el brazo en cabestrillo, el cual le miró atravesadamente.

—¡Hola, Luigi! ¿Cómo va ese hueso?

El otro le contestó con una tajante imprecación. Los ojos del joven centellearon.

—Si vuelves a decirme otra barbaridad como ésa, te romperé el otro brazo, puerco gorila. Anda, avisa a tu domador.

—Antes tendrá que dejar las armas. Es la regla.

Quentin estiró la mano, atrapando entre el pulgar y el índice la nariz del rufián. Le agitó la cabeza fuertemente durante unos segundos, en tanto apretaba con todas sus fuerzas.

—Para mí no hay otras reglas que las que yo dicto. Aparta, gusano —y echándolo a un lado, sin hacer caso de sus chillidos de dolor, penetró en la casa.

Una puerta se abrió frente a él y un individuo salió pistola en mano.

—¿Qué te sucede, Luigi?

—Nada de particular, Tonio —contestó el joven, avanzando con las palmas de las manos hacia afuera—. Únicamente le estuve curando la rinitis que padece. Guarda la artillería, vengo en son de paz.

—Pase —dijo con seco acento.

Había cuatro hombres en la estancia. A dos de ellos, sin haberlos visto jamás, los reconoció instantáneamente y, aunque procuró dominarse, no pudo contener un breve estremecimiento. El joven no había visto jamás ojos tan fríos y tan crueles como los de los hermanos Torrance, quienes estaban en pie, en uno de los lados del lujoso despacho.

En el lado opuesto vio a Gino, con la cara vendada. Quentin le miró sonriente.

—Era lo que te faltaba para parecer un verdadero gángster, Gino. Con la cara cortada tendrás mucho partido entre las mujeres.

El rufián lanzó una imprecación, al tiempo que escondía su mano bajo la chaqueta.

Saldino le detuvo con la voz.

—Quieto, Gino. El capitán Kirkland es ahora huésped y debemos tratarlo como a tal.

Le miró.

—¿Cómo se encuentra?

Quentin contempló el restaurado rostro de su interlocutor, en el que ya advertían pocas señales de los golpes que le propinara, salvo una cruz de tafetán que llevaba en la mejilla y se dijo que el tratamiento médico debía haberle costado una fortuna.

—Bien, Saldino —sonrió. Se sentó en una butaca frente a él.

—¿Un trago, capitán?

—Nunca lo rechazo. Démelo.

—Gino, prepara bebidas.

El pandillero le entregó el vaso, mirándole venenosamente.

Quentin rió.

—Su orangután quisiera ser César Borgia en estos momentos, Saldino. —Levantó el vaso—. A su salud.

—A la suya, capitán —dijo el gángster, correspondiéndole—. ¿Cigarros? ¿Cigarrillos?

—Lo último, gracias.

Prendió fuego al pitillo e inhaló el humo, complacido. Cruzó las piernas.

—Bien —dijo Saldino, apoyando los codos sobre la mesa—. Y ahora, ¿querrá decirme el gallardo y valiente capitán Kirkland los motivos de su visita?

—Cuando lo sepa, Saldino, se va a caer de espaldas.

—No me diga —se burló el pandillero—. Seguro que viene a decirme algo acerca de castigar al hombre que mató a su hermano.

—Esto ya se lo he dicho antes. No tendría valor alguno repetírselo. Lo que tengo que manifestarle es otra cosa muy distinta.

—Vaya. Suéltelo, pues, capitán.

—Se trata del paquete de cartas que escribió la señorita Torgren durante una temporada de imbecilidad. Usted las tiene y trata de extorsionarle con ellas.

Saldino respingó.

El joven volvió a reír.

—Ya le dije que se sorprendería, amiguito. ¿Cuánto quiere por esas dos docenas de cartas idiotas?

—Si sólo ha venido para eso, capitán —contestó el forajido con el ceño fruncido—, ya puede largarse con viento fresco. Esas cartas no están en venta.

—¿Qué va a hacer con ellas? ¿Entregarlas a la publicidad? Perdería dinero, y usted no es hombre que deje escapar un dólar.

—Debo entender que viene a comprármelas, capitán —dijo Saldino, pensativamente.

—Así es; y le dejaré que usted mismo sea quien fije el precio.

Saldino sonrió sinuosamente.

—Su paga no es lo bastante grande para obtener la cantidad que podría fijarle por ese manojo de cartas, capitán.

—Es posible. Pero dispongo en este momento de dinero bastante para enterrarles a usted y a estos micos en billetes de diez dólares. A usted le gusta la chica, pero más todavía el dinero. Vamos, Saldino, fije un precio. En veinticuatro horas tendrá aquí la cantidad que señale.

El aludido exhaló una suave carcajada.

—Me ofrece usted unos cientos de miles de dólares. ¡Qué estúpido! Pensó que podría acceder al trato, cuando, sin más que esperar un poco, puedo tener veinte o

treinta veces más esa cantidad... y además a la muchacha. ¿Con quién se ha creído que trata, capitán?

—Prefiero no expresar mis pensamientos en voz alta, Saldino; saldría usted muy mal parado. En todo caso le diré que, si no acepta ahora mismo una buena cantidad, se quedará sin el dinero y sin la chica. Esto último, naturalmente, porque el que se va a casar con ella soy yo. ¿Está bien claro?

Los ojos de Saldino relampaguearon.

Quentin se echó a reír.

—Procure, al menos, no perder una de las dos cosas: el dinero, porque la chica bien perdida está. No se casará con usted, sino conmigo.

—Está mintiendo, capitán —dijo el forajido, empezando a irritarse.

Quentin extendió la mano.

—Ahí está el teléfono. Úselo. Podrá comprobarlo por usted mismo, si es que no se fía de mí.

—Usted oyó la conversación que sostuvimos en el yate hace unos días. Si Axelia Torgren se vuelve atrás, publicaré las cartas.

Quentin se miró las uñas.

—Mire, Saldino, usted, como todos los chantajistas, depende del grado de valentía de sus extorsionados. Por mi parte y, naturalmente, por la de Axelia, puede publicar estas cartas. ¿Qué va a conseguir con ello? ¿Que la gente se ría durante una temporada? Bueno, también se ríe con Jerry Lewis. A mí lo mismo me da, porque confío en ella... y en cuanto a la interesada, ya conoce su opinión. Nos iremos fuera de Clearwater una buena temporada, y cuando volvamos ya se habrá pasado todo. O bien nos quedamos en alguna ciudad de los Estados Unidos. El país es ancho, ¿comprende?

—Eso son puras baladronadas, capitán —dijo Saldino, pero se advertía en su voz una nota de inseguridad.

Quentin se puso en pie.

—Bueno, pues haga la prueba. El señor Torgren está conforme también. Nadie pensará, al menos las personas decentes, que tales cartas no fueron escritas sino en un momento de atontamiento, fácilmente justificable por la inexperiencia de la juventud. Lo único que conseguirá —ya se lo he dicho—, será hacer reír gratis a la gente. Pero yo me reiré mucho más, Saldino; sobre todo cuando piense que usted, que no deja caer un centavo al suelo, ha trabajado gratis para nada. ¿No es verdad que resulta hilarante?

El forajido golpeó la mesa con el puño.

—¡Basta, capitán! No quiero oírle una sola palabra más sobre el asunto.

Los párpados del joven se entrecerraron.

—¿Debo entender que da por concluida la entrevista?

—Eso es exactamente lo que quiero decirle, capitán —contestó el otro, ceñudo.

Quentin tomó un segundo cigarrillo y lo encendió, aparentemente pensativo.

Dijo:

—Saldino, le voy a manifestar una cosa. De buena gana empezaría a golpes con todos ustedes y les dejaría los huesos triturados. No se crea que me infunden miedo esa pandilla de asesinos baratos que emplea por cuatro dólares a la semana. Lo que tengo que decirle es esto: tienen ustedes y todos sus esbirros siete días justos para salir de Clearwater. Pasado este plazo, si en el octavo día aún continúan en la ciudad, actuaré. Y entonces habré agotado mi dosis de compasión, que en el momento actual ya es muy pequeña. ¡Adiós!

Luigi le acompañó hasta la puerta. Quentin, antes de salir, le alargó el brazo, pero el otro retiró vivamente la cara, haciéndole reír.

Cuando el capitán hubo salido del apartamento, Saldino miró a los Torrance. Movi6 la cabeza significativamente.

Los dos hermanos salieron de su estatismo. Asintieron en silencio y echaron a andar hacia la puerta.

Caminaron por el pasillo, encaminándose hacia el ascensor. Esperaron a que el aparato subiera.

Quentin estaba tras ellos, sonriendo abiertamente.

—¿Qué tal, amigos? Os mandó el jefe seguirme, ¿verdad? Pero a mí me molesta mucho que investiguen mis andanzas.

Con gesto simultáneo, los dos hermanos echaron mano a sus pistolas.

Pero Quentin fue instintivamente más rápido. Proyectó su puño derecho con terrorífica violencia.

Ernest Torrance retrocedió hasta la pared. Chocó contra ella y se desplomó con el mismo conocimiento que un tronco.

Romano había conseguido ya sacar su revólver. La mano del joven le atenazó la muñeca con férrea presa, inclinándole el brazo hacia abajo.

Por primera vez en mucho tiempo, Romano Torrance sintió miedo. El pavor asomó a sus ojos y Quentin rió al advertirlo.

Levantó la mano derecha y le abofeteó cruelmente la cara. Luego, echando hacia atrás su puño, le disparó con todas sus fuerzas.

Los huesos de la nariz de Torrance crujieron terroríficamente. Cayó cruzado sobre su hermano, igualmente sin sentido.

Quentin se inclinó sobre la desmayada pareja. Cogió el revólver que había caído y su mano se crispó en torno a la culata, hasta que los nudillos le blanquearon. Jadeó, sintiendo hervirle en el pecho una oleada de furia.

Pero aquel momento pasó pronto. Su respiración se normalizó y el corazón adquirió su ritmo habitual. Dejó caer el arma sobre el cuerpo inanimado del asesino y se enderezó.

El ascensor acababa de llegar. Pisó los cuerpos caídos con indiferencia y se metió en el aparato. Rió exultante mientras descendía.

* * *

La sirena del «Aloha Nui» roncó un par de veces, enviando sus oscuros sonidos a lo largo de los muelles. El barco fue amarrado, en tanto las autoridades aduaneras subían a bordo.

La descarga no empezaría sino hasta la mañana siguiente. Quentin conocía muy bien la rutina; por eso estaba allí, agazapado bajo el sombrío portón de un gran almacén, tras unos grandes cajones, avizorando el costado del barco que acababa de llegar de Barranquilla.

Los aduaneros no tardaron en bajar. La operación había sido efectuada con rapidez, con la práctica hija de la costumbre. Tras ellos, bajaron los tripulantes francos de servicio.

Quentin estaba situado en un lugar desde el cual podía ver buena parte del camino que seguían los marineros. Éstos tenían que pasar a menos de cinco metros de distancia y, durante un par de segundos, sus rostros quedaban claramente iluminados por la luz de un farol que pendía de la pared opuesta.

Pasaron varios marineros, riendo y charlando acerca de la diversión que les aguardaba. Dos o tres más cruzaron aisladamente. Les siguió un oficial de máquinas. Luego el sobrecargo, con una cartera atestada de papeles.

El tiempo transcurrió. De vez en cuando, una sirena rasgaba la quietud de la noche. A pesar de la hora que era, la temperatura seguía siendo sofocante.

Hubieron de transcurrir casi sesenta minutos antes de que se viera otra persona en lo alto de la escala. El hombre llevaba en la mano una gran bolsa de papel.

—Te vas a volver diabético con tanto caramelo, Jake —gritó alguien desde el interior del barco.

—Esto es siempre mejor que emborracharse como un cerdo, que es lo que hacéis vosotros —contestó el llamado Jake, con voz apenas inteligible, debido al caramelo que estaba chupando.

Bajó la escala pacienzudamente, con calma. Llegó al húmedo suelo del muelle y echó a andar.

Pasó por delante del joven, sosteniendo la bolsa con la mano derecha. Su brazo se balanceaba, rítmicamente a compás de la marcha.

Cuando el individuo hubo desfilado ante él, Quentin salió de su escondite. Le siguió cautelosamente, pegado a las paredes, procurando no ser visto ni oído.

Salieron de la zona portuaria. El hombre caminaba tranquilamente, sin sospechar ni de lejos que estaba siendo seguido.

Caminaron el uno tras el otro durante un cuarto de hora. Al fin, el marinero se detuvo ante la puerta de una casa, en una calle malamente iluminada.

Entonces sintió que le tocaban en un hombro. Se volvió.

—¿No podría invitarme a un caramelo, amigo? —dijo el joven, amablemente.

La reacción del individuo fue tan brutal, que apenas tuvo tiempo de prevenirse. Una rodilla se clavó en su vientre, haciéndole doblarse agónicamente.

Quentin trató de incorporarse. El individuo se le hubiera escapado de no haberse visto en dificultades con la cerradura de la casa. Forcejeó con la llave, maldiciendo sordamente.

Esto dio tiempo al joven para reponerse un tanto. Dominando los dolores que sentía en el bajo vientre, se arrojó sobre su enemigo.

Éste le recibió con un izquierdazo que no logró sus propósitos por entero, debido a que tenía que ocuparse mucho de la bolsa de caramelos que sujetaba con la otra mano y que no quería soltar en absoluto.

Quentin se aprovechó de la circunstancia, golpeando metódicamente el rostro de su antagonista. El marinero era fuerte y compacto, pero su resistencia fue quebrantada bien pronto.

Un puñetazo al plexo solar acabó con su conocimiento treinta segundos más tarde. Exhaló un suspiro y se dejó resbalar hasta el suelo, en donde quedó sentado con la cabeza doblada a un lado.

El joven inspiró fuerte para acompasar los latidos de su corazón. Luego se inclinó y recogió la bolsa de los caramelos, advirtiendo la insólita solidez del papel, cosa que le extrañó bastante.

Durante unos momentos estuvo pensando qué dirección debía tomar.

Saldino no tardaría en enterarse de que la bolsa había desaparecido y, naturalmente, supondría en el acto quién había sido el autor de la faenita. Por lo tanto, no le convenía en modo alguno ir a su apartamento, sabiendo que no mucho más tarde irían a buscarle allí.

¿Dónde dirigirse, pues? No tardó en hallar la solución. Chasqueó los dedos satisfecho. Sí, aquél era el mejor sitio, al menos hasta que se hiciese de día.

Media hora más tarde estaba llamando a la puerta del apartamento de Dolores. Hubo de repetir las llamadas antes de convencerse de que la morena no estaba allí.

Franqueó la puerta con facilidad, empleando el mismo método que la vez anterior: un alambre doblado en ángulo recto. Bajó el interruptor de la luz.

—¡Dolores! —llamó, sin recibir la menor respuesta.

Se encogió de hombros, avanzando hacia el dormitorio. Encendió la luz. La pieza estaba también vacía. La cama no había sido tocada.

—Estará divirtiéndose por ahí —murmuró—. Bueno, veamos qué diablos hay en esta condenada bolsa.

Buscó una mesa sobre la cual verter el contenido. Calculó en más de tres quilos de caramelos que había allí. Desenvolvió uñó, metiéndoselo en la boca.

—¡Hum! Naranja y blando, como los que a mí me gustan.

Desenvolvió otro, arrojando el papel al suelo. Puso el caramelo a un lado.

Siguió su labor. Hubo de quitar las envolturas de una docena de caramelos antes de encontrar uno de menta. El de naranja ya había desaparecido.

—Tampoco me desagradan los de menta —murmuró, echándoselo a la boca.

Chupó un poco, en tanto seguía su labor. Destapó otro caramelo de menta. De pronto se dio cuenta de una cosa.

¡El caramelo que tenía en la boca carecía de sabor en absoluto!

Se lo quitó, echándolo sobre el pañuelo. Lo limpió bien, acercándolo a la lámpara que había en un rincón, con el fin de examinarlo a gusto.

Un instante después tenía la solución.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó—. ¡Y qué ingeniosos ellos! —En sus palabras había una no disimulada admiración—. Naturalmente, viniendo de Colombia, ¿qué otra cosa podía ser?

Levantó en alto, sujetándola con los dedos, la magnífica esmeralda que él¹ había confundido con un caramelo de menta. Sonrió, satisfecho de sí mismo.

Miró hacia la mesa, moviendo la cabeza admirativamente.

—¡Qué tíos! —masculló.

Volvió allí y empezó a desenvolver todos los caramelos, apartando a un lado las esmeraldas. Cuando terminó, el suelo estaba lleno de papeles, cosa que le hizo sonreír bastante.

—¡Cómo se va a poner Dolores cuando regrese!

Contempló el montoncito de esmeraldas que había en un rincón de la mesa. Las gemas centelleaban con resplandeciente fulgor, como un puñado de brasas de fuego verde. Todas las esmeraldas eran de gran tamaño y de una limpidez absoluta.

Se mareó al pensar en la inmensa fortuna que tenía al alcance de sus manos. Tan solo, el ahorro que suponía el fraude de los derechos de Aduana correspondientes debía alcanzar una suma considerable, aun teniendo en cuenta que se trataba de piedras en bruto, sin tallar.

—Bueno —dijo—, es hora de acostarse. Esperaremos que llegue el nuevo día y entonces...

Notó que tenía las manos pringosas como consecuencia de haber manipulado tantos caramelos. Convino consigo mismo en que debía lavárselas.

Se dirigió al cuarto de baño, franqueando la pieza contigua. Apenas lo había hecho, se detuvo en el suelo, clavados los pies, pero sometido su cuerpo a un titánico estremecimiento de horror.

Dolores estaba allí. Y al verla comprendió Quentin las causas de su silencio.

Un trozo de la lengua le asomaba por los labios cárdenos, amoratados, en tanto que de la nariz le había brotado un tenue hilillo de sangre. Un cordón de seda posiblemente de alguna de sus batas, le rodeaba el cuello, pasando por encima del borde superior de la puerta y yendo a sujetarse, seguramente, a alguno de los ganchos que ésta tenía en el lado opuesto para colgar la ropa. Los pies, colgando lacios, distaban medio metro del suelo.

Dominando sus aprensiones, se acercó al cadáver. Tocó una de sus manos, advirtiendo la helada frialdad de la carne. No quiso mirar hacia arriba por no volver a

contemplar el espeluznante espectáculo de aquel hermoso rostro ahora desfigurado por una atroz agonía.

Golpeó airado con el puño en la pared. Aquello era obra de Saldino, sin duda alguna. Al día siguiente debía anunciarse su compromiso con Axelia, y el individuo, pese a las manifestaciones de Quentin, había seguido fiando de sus propias fuerzas para conseguir sus propósitos. Dolores había intentado convertirse en un obstáculo para el logro de tales ambiciones y el forajido la había suprimido fríamente, sin la menor piedad.

A los pies de Dolores había un taburete volcado. La policía creería sin duda en un suicidio de la mujer al verse desdeñada por el gángster. Una comedia muy bien montada, pero que a él no podía engañarle en modo alguno.

Dominando sus náuseas, dio media vuelta. Recogió las esmeraldas, envolviéndolas cuidadosamente en la bolsa de papel, y salió de la casa, no sin haber apagado antes, cuidadosamente, todas las luces y borrado las huellas que pudieran comprometerle.

CAPÍTULO X

El imperturbable Jenkins entregó el teléfono a Axelia.

—Para usted, señorita Torgren —dijo.

La muchacha tomó el auricular. Un instante después, lanzaba un grito.

—¡Quentin! ¿Dónde te has metido en todo este tiempo? ¡Me has tenido una semana entera sin saber de ti! —le reprochó, bastante enojada.

—Calma, querida —rió él—. He estado bastante ocupado, protegiendo mi pellejo. Ahora...

—¿No te ha sucedido nada?, —inquirió ella, anhelante.

—No, por fortuna. Pero...

—Quentin, quiero verte. ¿Dónde nos encontramos?

El joven volvió a reír.

—¡Si no me dejas hablar! —protestó—. ¿Recuerdas aquel bar donde estuvimos tomando una cerveza?

—Claro que sí. ¿He de ir allí?

—Sí, cariño. Espérame, que yo acudiré enseguida. De todas formas, si ves que me retraso un poco, no te impacientes.

—Te esperaré todo el tiempo que sea, Quentin. Ahora mismo voy hacia allí.

Colgó el teléfono y echó a correr hacia el piso superior, al mismo tiempo que ordenaba:

—¡Mi coche, Jenkins, pronto!

Cuando atravesaba el enorme vestíbulo a todo correr, su padre le salió al paso. Tenía un periódico en la mano y las gafas en la otra.

—Muchacha, ¿qué son todos esos gritos y esas carreras?

—¡Quentin me espera, papá! ¡Hasta luego!

El señor Torgren meneó la cabeza. Miró a Jenkins, sonriéndole, pero el mayordomo permaneció impasible.

La mansión de los Torgren estaba situada en las afueras de la ciudad. Cerca de ella había una estación de servicio con su correspondiente cafetería.

Parapetado detrás de una de las vidrieras, Quentin vio pasar el coche de Axelia a toda velocidad. Cuando el automóvil se hubo perdido en la corriente de tránsito, él salió fuera y echó a andar con paso rápido y decidido.

Llamó a la puerta, Jenkins salió a recibirle.

—¡Buenos días, capitán!

—Buenos días. ¿Está el señor Torgren en casa?

—Sí, señor. Tenga la bondad de seguirme a la biblioteca.

El joven caminó, precedido por el imperturbable mayordomo. Éste llamó con los nudillos a la puerta y luego la abrió un poco.

—El capitán Kirkland, señor —anunció.

Torgren se levantó de la butaca en que leía el periódico. Se dirigió hacia el joven, con la mano extendida.

—¿Cómo se encuentra, capitán?

—Perfectamente, señor Torgren. Quizá —añadió Quentin, especulativo—, he venido a interrumpirle.

El negociante frunció el ceño.

—¡Cómo! ¿No esperaba usted a mi hija?

—Sí, pero ahora nos encontraremos. Seré breve. En realidad es que no quiero que ella oiga lo que tengo que decirle.

Torgren le miró suspicazmente, durante unos segundos, pero luego acabó por sonreír.

—Venga acá, capitán, y tomaremos un jerez mientras hablamos.

Después de unos cuantos sorbos de la dorada bebida, Quentin sacó unos papeles de su bolsillo.

—Siento mucho lo que tengo que decirle, señor Torgren, pero ese granuja de Saldino se negó en redondo a aceptar dinero alguno.

—En suma —dijo fríamente el dueño de la casa—, que no quiere vender las cartas.

—Exactamente, señor Torgren.

Éste guardó silencio unos instantes, mientras, de modo maquinal, se abanicaba con el cheque.

—Quizá —murmuró, abstraído—, sea mejor emplear otros medios...

Se interrumpió súbitamente. Un papelito acababa de salirse del interior del doblé del cheque y revoloteó unos momentos antes de caer al suelo.

Torgren se inclinó a cogerlo. Al hacerlo, vio su contenido.

Su rostro se cubrió al instante de una mortal palidez.

Hubo una pausa de silencio. Después, el financiero miró a Quentin. Éste le devolvió la mirada con ojos carentes de expresión.

—Así, pues —murmuró Torgren—, lo sabe usted, capitán.

Quentin asintió con la cabeza.

—Usted no podía saber que cometía una imprudencia cuando me dio la nota para el Banco. La letra de esa que tiene usted en la mano y la de la tarjeta que me escribió, son idénticas.

Torgren masculló una interjección de grueso calibre.

—¡J...! Siempre dije que era un error emplear a tipos como Wharton.

—Wharton era más inteligente de lo que usted piensa, pese a que usted ordenara matarle por haberse metido conmigo. Nadie hubiera sabido que trabajaba para Saldino y por ende para usted, de no haber tratado de ayudar a Gino y los otros dos. Éste fue el único error que cometió. Pero guardaba la nota que usted escribió a Saldino y que éste le pasó, sin cuidarse siquiera de destruirla, Wharton pensaba que, a

pesar de no ir firmada, la letra, para un experto calígrafo, era tan buena como su nombre escrito debajo. Un día lo sabría y entonces podría extorsionarle.

—Y usted encontró la nota.

—Sí, cuando fui a verle momentos después de su muerte. Axelia estuvo también allí. Se había enterado de que Wharton trabajaba para Saldino y pensó que quizá podría sobornarle con dinero para que le consiguiera las cartas.

Torgren asintió distraídamente. Al cabo de unos segundos, dijo:

—¿Qué piensa hacer usted, capitán?

—Mi hermano murió, señor —dijo él secamente.

—Entiendo. Reclama su sangre.

—No, señor. Pido justicia.

—Claro —murmuró el financiero.

Se puso en pie, paseando meditabundo durante unos momentos. Mientras tanto, en medio de un helado silencio, Quentin encendió un cigarrillo.

De pronto, Torgren se detuvo ante el joven.

—Usted y Axelia se quieren.

—Así es, señor.

Torgren sonrió.

—Harán una buena pareja —murmuró—. Ella necesita un hombre como usted, capitán.

—Celebro que lo piense así. Y... y ahora, ¿quiere decirme qué va a hacer con... eso?

Eso eran el cheque y la nota, que el financiero conservaba aún en la mano.

—Usted guardará la tarjeta, por supuesto.

—Sí.

Torgren meneó la cabeza.

—Tenía que llegar —suspiró—. Un día u otro. Era inevitable. Siento..., siento el dolor que voy a causarle a Axelia. Pero usted la ama y sabrá consolarla, y hacerla feliz.

—Eso espero, señor.

—¿No le importará casarse con la hija del hombre que ordenó matar a su hermano, capitán Kirkland? —preguntó Torgren de pronto.

Quentin meneó la cabeza.

—Ella no sabe nada. Está limpia de culpa, señor.

—Me gusta su modo de pensar, capitán. Por supuesto —añadió Torgren, después de unos segundos de vacilación—, las esmeraldas del último transporte deben hallarse en su poder.

—Sí.

Torgren respiró fuertemente. Sacudió la cabeza.

—Es preciso terminar con todo esto —dijo, rompiendo en menudos trocitos el cheque y la nota. Puso los papeles sobre un cenicero y luego les aplicó una cerilla.

Estuvo contemplando las llamas hasta que se extinguieron. Entonces, con gesto rápido e imprevisto, sacó una pistola.

Quentin se puso en pie de un salto. No era porque temiese que el padre de Axelia fuese a disparar contra él, sino porque había leído en sus ojos las intenciones que le animaban.

Gritó:

—¡Señor! ¿Qué es lo que va a hacer? —Y se arrojó sobre él, aferrándole la muñeca con fuerza.

—Déjeme —jadeó el financiero—. Déjeme, capitán. Ésta es la única salida que tengo.

—Ni hablar —exclamó el joven, en tanto forcejeaba para desarmarle—. Hay otras soluciones. Está el Brasil, por ejemplo, sin tratado de extradición...

—No, no podría seguir viviendo así. Déjeme, capitán, le digo.

Los dos hombres lucharon con la posesión de la pistola. A pesar de los años, Harold Torgren se conservaba bastante bien y, además, sus fuerzas estaban aumentadas por la desesperación.

Quentin comprendió que de aquella manera no podría arrebatarse el arma. Murmurando un:

—Lo siento, señor —proyectó su puño derecho hacia adelante.

Torgren suspiró. Sus músculos se aflojaron y se derrumbó sobre el diván contiguo. La pistola cayó al suelo.

Quentin se inclinó para tomarla, pero antes de que sus dedos pudieran tocar el frío metal del arma, sonó una voz imperativa:

—¡Quieto, capitán! ¡Suelta esa pistola! Levántese y vaya hacia la pared.

El joven obedeció, alzando las manos. Inclinó la cabeza, estremeciéndose al ver a Saldino, acompañado de Gino y los Torrance.

—Camine, capitán.

Quentin hizo lo que le decían. Se situó junto a la pared, volviéndose luego. Contempló fríamente al cuarteto de asesinos, todos los cuales, excepto Saldino, llevaban un arma en la mano.

Éste habló al cabo.

—Veo que usted y el señor Torgren han estado discutiendo —dijo.

—Un poco —contestó el joven.

—¿Por las esmeraldas?

—Quizá.

—Las tiene usted, capitán.

—Así es, Saldino.

—¿Dónde?

Quentin alzó los hombros.

—Adivínelo.

—Tengo medios para hacerlo.

—¿Una bola de cristal? —rió el joven.

—Dejémonos de tonterías —gruñó el gángster—. Quiero esas esmeraldas, capitán. Debiera matarle como a un perro, pero en honor a la verdad, prefiero dejarle con vida si he de tenerlas en mi poder.

—Búsquelas, entonces.

—Escuche, dejémonos de rodeos. Deme las esmeraldas y yo le entregaré las cartas que escribió la chica.

—A ella y a mí —ya se lo he dicho— nos importa un bledo que las publique o no —repuso el joven fríamente. Mientras no dijese dónde había escondido las esmeraldas, sabía que podría vivir.

Saldino sonrió siniestramente.

—Ya le he dicho que tengo medios para averiguar las cosas, capitán. ¡Tonio!

Se oyó un apagado gemido. Las manos de Quentin se crisparon súbitamente.

El interpelado penetró, empujando a la muchacha. La sujetaba con una mano por el talle, en tanto que con la otra le tapaba la boca.

Los ojos de Axelia examinaron con espanto la situación. Quentin sintió que la furia le hervía de nuevo dentro del pecho.

Saldino rió suavemente. Luego, metiendo la mano en el bolsillo, extrajo una navaja. Apretó el resorte y la hoja saltó.

Arrimó la aguzada punta del acero al rostro de la muchacha.

—Las esmeraldas, capitán, o hago con ella lo mismo que usted hizo con Gino. Sería una lástima estropear un rostro tan hermoso, ¿verdad?

Los ojos de Axelia se desorbitaron. Quentin se mordió los labios.

—Está bien —accedió—. Lo diré. Pero suéltela.

—Antes tiene que hablar, capitán —refunfuñó Saldino.

Quentin meneó la cabeza.

—Ni lo sueñe, Saldino. Estamos en su poder, ¿no lo ve?

—Está bien. Déjala ir, Tonio.

El pandillero soltó a la muchacha, la cual, instintivamente, corrió hacia el joven.

Entonces fue cuando Harold Torgren se puso en pie, con la pistola en la mano.

Quentin empujó a la muchacha al suelo con brutalidad. El momento no era para andarse con finezas.

Estalló un disparo. Saldino maldijo horriblemente, en tanto se tambaleaba.

Los dos hermanos gatillaron a una sus revólveres contra el financiero. El aire se llenó de estampidos y olor a pólvora deflagrada.

Saldino desenfundó también su pistola... Pero no llegó a utilizarla.

Unos vidrios saltaron rotos. Las bocas de dos pistolas ametralladoras asomaron por los huecos y empezaron a vomitar fuego al instante.

Una de ellas enfiló a los Torrance. El policía que la manejaba la movió en abanico de derecha a izquierda y viceversa. La pareja de asesinos cayó en sangrienta aspa.

Una ráfaga alcanzó a Saldino en la cara, arrancándole de cuajo el maxilar inferior.

El gángster cayó de bruces y gateó por el suelo, en tanto que por aquel horrible hueco salían, junto con un torrente de sangre, frases inconexas.

Se derrumbó definitivamente cuando, a dos metros de distancia, con sus últimas fuerzas, el padre de Axelia le perforó el cráneo de un balazo. Harold Torgren estremeciéndose luego horriblemente y se desplomó con gran lentitud. Sus ojos no tardaron en vidriarse.

Quedaban Gino y Tonio. La cabeza del primero estalló como una sandía madura cuando media docena de balas le alcanzaron en pleno rostro. La fuerza de los proyectiles era tal, que fue arrojado hacia la pared que tenía a sus espaldas con terrible violencia. Resbaló al suelo, pero antes de tenderse en él ya estaba muerto.

Despavorido, Tonio dio media vuelta e intentó huir. Franqueó la puerta, enfrentándose con una tercera pistola ametralladora.

—¡No, no! —gritó, un segundo antes de que se escuchase el mortífero tableteo del arma.

Levantó sus manos crispadas, como buscando un asidero, al sentir su pecho perforado por el plomo. Luego, giró súbitamente sobre los talones y se desplomó de espaldas cuan largo era.

Después del espantoso tiroteo, hubo un instante de silencio. Quentin se puso en pie con grandes precauciones, en el momento en que la estancia empezaba a ser invadida por los policías.

Porter penetró en la biblioteca. Tenía una pistola en la mano.

—¡Cristo! ¡Qué carnicería! —exclamó.

Quentin le hizo un reproche.

—Han tardado ustedes mucho, teniente.

Porter le miró, en tanto guardaba el arma.

—Teníamos que grabar cuando se hablaba aquí, ¿no?

El joven asintió. Entonces oyó un gemido a sus espaldas.

Se volvió, viendo a Axelia tratando de meterse los puños en la boca, con los ojos desorbitados, próxima al estallido histérico.

La tomó por los brazos, llevándosela de allí en volandas. Afortunadamente para el joven, él ataque se resolvió en un providencial desmayo que privó a la muchacha del conocimiento.

—Mándenme pronto a un médico y un sedante, teniente —gritó Quentin, en tanto franqueaba la puerta.

Volvió más tarde, sosteniendo una conversación confidencial con Porter. Éste, satisfecho de la solución del caso, prometió apartar, en lo posible, de la publicidad el nombre del financiero.

* * *

Una campana tintineó un par de veces. Había llovido abundantemente horas antes

—una copiosa tormenta de verano—, y ahora una espesa niebla se elevaba sobre los muelles de Clearwater.

—¡Listas las amarras de popa! —gritó una voz.

—¡Claro a proa!

—Timonel, dos puntos a estribor —dijo Quentin. Se inclinó sobre el tubo—: Máquina, avante despacio.

—Dos puntos a estribor, señor —repitió el del timón.

Las máquinas del barco trepidaron en lo profundo de sus entrañas de metal. Se oyó el sordo batir de las hélices, arremolinando el agua en sucias espumas.

—Sirena —ordenó Quentin.

—Sirena —repitió el marinero, tirando del cable. El ronco gemido brotó junto a la chimenea.

Se inclinó junto al radar, observando atentamente en la pantalla el barrido de la antena. Entonces oyó voces en la escala que llevaba al puente.

Se volvió, airado.

—¿Qué diablos...?

Alguien penetró como una tromba en el cuarto de derrota. Un hombre penetró también.

—Capitán —trató de disculparse el marinero—, yo...

—Está bien, Billy, déjela.

Axelia se le acercó, sonriendo bajo la lámpara roja que iluminaba débilmente el cuarto de derrota. Traía una bolsa de papel en las manos.

—Te he traído una cosa que te gusta mucho, Quen —dijo—. Caramelos.

Las cejas del joven se arquearon.

—¿Caramelos?

—Sí. ¿No quieres uno?

Quentin sonrió. Metió la mano en la bolsa y sacó el primero.

—¡Hum! —dijo instantes después—. Frambuesa.

—Yo también voy a comerme uno —dijo ella.

Lo sacó, pero, de repente, la bolsa se le escurrió de entre los dedos.

Empezó a llorar. El joven la estrechó entre sus brazos.

—Oh, Quentin —gimió Axelia—. Lo sé todo... He tenido que enterarme... cuando... cuando se han hecho los trámites de la testamentaría... ¡Qué horrible!

—Cálmate, nena —dijo él. Hizo un esfuerzo y se tragó el caramelo—. Estoy yo aquí.

—Pero... te ibas... ¿Es que no...?

—Sí, claro. Sin embargo, surgió una emergencia y tuve que hacerme cargo del mando de este cascarón. Pensaba enviarte un radiograma para que vinieses a reunirme conmigo en... Oye, ¿quién te dijo que me había embarcado?

—No... no te encontraba por ninguna parte. Al fin, se me ocurrió telefonar a la Autoridad del Puerto y allí me lo dijeron.

—Está bien. Vendrás conmigo. Creo que te conviene una temporada de descanso fuera de Clearwater.

El primer oficial estaba en el puente. Con un guiño de complicidad al timonel, se hizo cargo de la maniobra.

—Máquina, avante un tercio. Timón a la vía.

—Timón a la vía, señor.

—Sirena.

—Sirena, señor.

La niebla empezó a ocultar el barco. Lo último que se vio de él fue una lámpara a popa que iluminaba un salvavidas aferrado a la borda. El salvavidas llevaba una inscripción: «Aloha Nui».

La sirena volvió a roncar entre la niebla. Pero ya no se veía otra cosa que la estela del barco, que se iba disolviendo lentamente en las negras aguas, junto con las penalidades de Quentin y Axelia.

FIN



LUIS GARCÍA LECHA. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales — Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su

casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.

Notas

[1] «Platillo Volante». <<